

MONSEÑOR

José Ignacio Víctor Eyzaguirre Portales

POR

Carlos Silva Cotapos

Obispo de La Serena

(Publicado en los Anales de la Universidad
de Chile)



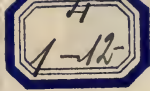
Soc. Imprenta-Litografía "BARCELONA"
SANTIAGO DE CHILE

1919

F
3095
.E98
S58
1919



F 3095 .E98 S58 1919
Silva Cotapos, Carlos.
Monse nor Jos e Ignacio
V ictor Eyzaguirre Portale



RE
SITIAS DE
VALPARA
200

MONSEÑOR

✓
José Ignacio Víctor Eyzaguirre Portales

POR

✓
Carlos Silva Cotapos
Obispo de La Serena

(Publicado en los Anales de la Universidad
de Chile)



Soc. Imprenta-Litografía "BARCELONA"
SANTIAGO DE CHILE

1919





**MONSEÑOR JOSÉ IGNACIO VÍCTOR
EIZAGUIRRE PORTALES**

POR

CARLOS SILVA COTAPOS

PROLOGO

La presente biografía de monseñor José Ignacio Víctor Eizaguirre ha sido escrita a petición del señor rector de la Universidad de Chile, para conmemorar el centésimo aniversario de su nacimiento, por los eminentes servicios que prestó a la Universidad i a las letras.

Para su redacción me he servido de los siguientes documentos i libros.

El archivo privado de monseñor, en el cual éste conservaba casi todas las cartas que recibió en su

vida, los documentos oficiales en que él figuró, sus licencias para el ejercicio del ministerio sacerdotal, expedientes de negocios particulares en que actuó, algunos borradores de sus cartas u oficios, i muchas otros papeles de menor importancia. Este archivo ha pasado al Seminario Conciliar de Santiago, heredero del presbítero don Rafael Eizaguirre, que fué uno de los albaceas de monseñor su tío; i una pequeña pero interesante parte, a la Biblioteca Nacional. Las colecciones de *El Araucano*, *El Independiente*, la *Revista Católica* i el *Boletín Eclesiástico* de Santiago, *Las Sesiones de las Cámara Chilena*, *La Vida del Illmo. Arzobispo Valdivieso*, por el presbítero don Rodolfo Vergara Antúnez i las obras del mismo prelado, *Un decenio de la historia de Chile*, por don Diego Barros Arana.

Los *escritos impresos* del mismo monseñor Eizaguirre; su *necrolojía*, por don Manuel M. Merino; su *Oración fúnebre*, por don Francisco Javier Zaldúa i Orbegozo i el *Elojio Fúnebre* de los fundadores i bienhechores del Colejio Pío Latino Americano, pronunciado en las fiestas jubilaires de este colejio el 19 de Noviembre de 1908, por el obispo de San Luis de Potosí, Illmo. señor José Ignacio Montes de Oca, amigo de monseñor Eizaguirre i alumno del mismo seminario.

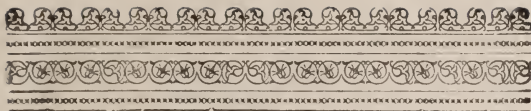
Me han sido también útiles los apuntes biográficos manuscritos del presbítero don Clemente Pérez Valdés, el cual me los prestó desinteresadamente, como también la necrolojía i elojios fúnebres antes mencionados. Sea esta la expresión de mi agradecimiento.

I algunos otros libros i documentos que menciono en el cuerpo de esta biografía.

La prueba de los hechos que en ella se contienen está en alguno de los documentos o libros antes mencionados, cuando no indico su fuente, cosa que he hecho en la mayor parte de los casos por no recargarla de citas que los lectores no podrían comprobar por ser de documentos inaccesibles para el público.



Digitized by the Internet Archive
in 2014



§ 1

Orígenes de la familia Eizaguirre

Singular brillo ha tenido en la sociedad chilena la familia Eizaguirre, establecida entre nosotros en el último tercio del siglo XVIII. Su fundador, el español don Domingo de Eizaguirre, oriundo de la villa de Marquina (1), unió su suerte, el año 1765, a la señora doña Rosa de Arechavala i Alday, sobrina muy querida del ilustre obispo Aldáy, que en esos años rejía la diócesis de Santiago.

A su muerte, ocurrida el año 1800, dejaba una fortuna bastante considerable, i once hijos: cinco varones i seis mujeres. Los varones fueron don Agustín, don Miguel, don Ignacio, don Domingo i don José Alejo de Eizaguirre Arechavala. Pocas veces se habrán visto reunidas en una sola familia tantas

(1) Hai en España dos pueblos de este nombre: uno en la provincia de Alava i otro en la de Vizcaya.

virtudes i tantas cualidades intelectuales como las que demostraron estos cinco hermanos, todos los cuales vivieron una vida bastante larga.

Don Agustín fué el conocido prócer de nuestra independencia. Don Miguel, graduado en derecho por la universidad de S. Felipe, alcanzó el honroso puesto de fiscal de la audiencia de Lima. Don Domingo fué miembro de nuestros congresos i a sus esfuerzos se debió la fundacion de la ciudad de San Bernardo, donde se le ha erijido un monumento. Don José Ignacio fué tambien miembro del congreso i consejero de estado.

Finalmente don José Alejo, que abrazó el estado eclesiástico, se distinguió por su talento, ilustración i altísimas virtudes. Honráronle con su confianza el obispo Rodríguez Zorrilla i el arzobispo Vicuña; fué elegido vicario capitular a la muerte de éste último, i presentado para el supremo gobierno para la mitra vacante, pero no llegó a ocuparla. Falleció, cargado de años i de méritos, en 1850, siendo deán del cabildo metropolitano.

§ II

Nacimiento i educación de don José Ignacio Víctor Eizaguirre i Portales

Don José Ignacio Eizaguirre Arechavala casó con doña Mercedes Portales Palazuelos, hermana del ilustre ministro don Diego Portales. De este matrimonio nació en Santiago don José Ignacio Víctor Eizaguirre, el 25 de Febrero de 1817.

Ajitados años eran aquéllos. Acababa de caer, bajo los golpes de San Martín, el régimen español de la reconquista; pero aun había de durar varios años la lucha por la independencia, con grandes zozobras i grandes sacrificios de los patriotas. A esta guerra siguieron los disturbios i revoluciones interiores a que puso fin la victoria de Lircai, que aseguró el poder al partido pelucón, al cual pertenecía la familia Eizaguirre. Mientras tales cosas ocurrían, el niño Ignacio Víctor, recluido por sus cortos años en el hogar doméstico, aprendía lecciones de virtud i de ciencia de sus excelentes padres.

Su padre le enseñó las primeras letras i los rudimentos del latín, que perfeccionó en seguida bajo dos profesores particulares: don Juan Ulloa Figueroa i el español don Juan Mesquías.

Cursó la filosofía i ramos accesorios en el colejio de Santiago, donde era profesor de este ramo el francés don José Coupelon, con el cual cultivó estrecha amistad, i a quien pudo prestar más tarde auxilios pecuniarios que la escasa fortuna de su maestro exijió.

Pasó en seguida al Instituto Nacional, entonces unido al seminario diocesano, donde estudió teología con don Juan Manuel Carrasco; derecho romano con al canónigo don Pedro Marín, i leyes con otros profesores.

El 4 de Febrero de 1833, siendo apenas de dieciséis años de edad, se graduó de bachiller en teología, en la antigua universidad de San Felipe. Dos años después (16 de Octubre de 1835) se graduaba de ba-

chiller en cánones i leyes por la misma universidad: i se incorporaba a la *Academias de leyes i prácticos forense* para optar al título de abogado.

Los académicos don José Joaquín Tocornal i don Manuel Aniceto Rojas, cuyo informe requirió el director de la Academia cuando Eizaguirre solicitó su admisión, dijeron que lo juzgaban mui digno de ser incorporado «por ser un sujeto que se halla adornado de las mas bellas disposiciones, tanto interiores como exteriores»...

Eizaguirre concurrió asidnamente a las sesiones de esta Academia durante dos años i medio, i desempeñó cumplidamente los cargos que se le encomendaron, según testimonio del académico secretario don José Victorino Lastarria.

El 16 de Mayo de 1838, después del examen de costumbre, previa información de *vita et moribus* i patriotismo, i pago de seis pesos por el derecho de media anata, Eizaguirre recibía el título de abogado, coronando así su carrera literaria iniciada a los seis años de su edad.

§ III

Abraza el estado eclesiástico. - Primeras pláticas i primeros escritos

Pero no se crea en vista de estos estudios que las inclinaciones de Eizaguirre le llamasen a la vida del mundo: pues, antes de ingresar a la Academia de Leyes, ya había elejido para sí el estado clerical, i recibido, a principios de 1834, la tonsura i órdenes menores de manos del obispo Vicuña.

Sintiéndose ya con suficiente instrucción teológica i con aptitudes para el púlpito, pues la naturaleza le había dotado de voz poderosa i bien timbrada, i de agrado en el decir por la animación i vida con que se expresaba; apenas se hubo ordenado de menores quiso tomar parte en las misiones que salieron para Valdivia i Chiloé en el verano de 1836. Al efecto, obtuvo licencia para hacer pláticas doctrinales del obispo de Concepción, don José Ignacio Cienfuegos.

Estas misiones habían sido organizadas por el presbítero don Rafael Valentín Valdivieso, a quien había impresionado vivamente la descripción tristísima que del estado de abandono religioso en que se hallaban las provincias de Valdivia i Chiloé, hizo el ministro de lo Interior don Joaquín Tocornal en la memoria que presentó al congreso el año 1835. En ella el ministro hacía saber que en la provincia de Valdivia existían sólo dos curas: el de esa ciudad i el de Osorno; i en Chiloé, donde en 1826 había veintidós sacerdotes que no bastaban para el servicio de la población, en dicho año, 1835, sólo quedaban tres.

La misión partió de Valparaíso a bordo de la goleta *Colocolo* el 21 de Diciembre de 1835, i el 2 de Enero del año siguiente llegó a Ancud. No sabemos si Eizaguirre tuvo lugar a ejercer su ministerio en el archipiélago; pero sí sabemos que predicó en Valdivia i en el puerto de Corral.

Animado su celo con el buen éxito alcanzado en la predicación, se atrevió a pedir licencia al obispo de Santiago para hacer pláticas en los extramuros

de la ciudad. Vicuña le otorgó benignamente permiso para predicar en San Lázaro, Viñita i capilla de la hacienda de su padre. Más no se limitaba a esto solo su actividad, pues también comenzó en estos años a publicar las producciones de su pluma, infatigable desde entonces, siendo su primer escrito una novena en honor de Santo Tomás de Aquino, gloria de la teología i de la orden dominicana, a la cual profesó Eizaguirre profundo afecto, nunca desmentido durante su vida.

§ IV

Publica «El Perrero».- Se ordena de sacerdote

En 1837, Eizaguirre, en colaboración con don Justo Donoso, cura de Talca a la sazón, fundó un periódico que denominó *El Perrero*, del cual sólo se publicaron nueve números. Este periódico se propuso, entre otros fines, combatir los errores de *El Valdiviano Federal*, órgano de don José Miguel Infante. Donoso, hombre ya formado i docto, daba en sus cartas excelentes consejos a Eizaguirre, recomendándole que procurase hacer ameno el periódico.

En la naciente ciudad de San Bernardo publicó Eizaguirre un periódico del cual sólo imprimió dos números, i cuyo nombre no hemos podido averiguar (1).

(1) Apuntes del presbítero don Rafael Eizaguirre.

Estas breves noticias nos suministran datos suficientes para conocer la actividad de Eizaguirre que no contento con sus estudios legales en la Academia de Leyes, i los que debía hacer para prepararse al sacerdocio, se dedicaba a la predicación i al periodismo.

El 1.º de Marzo de 1840 Eizaguirre recibía el presbiterado, de manos del obispo Vicuña. Pocos días antes había cumplido la edad que en América basta para ordenarse de sacerdote.

§ V

Misiones de Copiapó i Paposo

Los tres primeros años de su sacerdocio no desempeñó Eizaguirre ningún cargo eclesiástico importante i estable, i se limitó sólo a ejercer libremente su ministerio. Se levantaba a las tres i media de la mañana. Celebraba la misa a las cinco en el templo de Santo Domingo, i confesaba largas horas a las vendedoras del mercado i demás jente del pueblo que acostumbra concurrir a dicha iglesia, dando así una prueba de su caridad con los pobres i desvalidos. Este austero réjimen de vida lo guardó siempre que estuvo en Chile.

A fines de 1840 el presbítero don Rafael Valentín Valdivieso organizó una nueva partida de misioneros para evangelizar el norte de la república, esto es Copiapó i el Paposo, tan célebre a fines de la era

colonial por el obispo don Rafael Andreu Guerrero, que impetró una mitra para atender a los pescadores de ese lugar, a los cuales supuso completamente destituidos de auxilios religiosos.

La caravana se componía de los presbíteros don Rafael Valentín Valdivieso, don Ignacio Víctor Eizaguirre, don Francisco de Paula Taforó, don Eujenio Guzmán, don José Santiago Labarca, don Ramón Valentín García, don José Ríos i don Joaquín Vera.

El Supremo Gobierno tomó de su cuenta los gastos de los misioneros, i los trasportó a Caldera a bordo de la fragata *Chile*, de la armada nacional.

A pesar de estas facilidades los abnegados sacerdotes de la misión hubieron de soportar no pocas mortificaciones. Desde el mismo puerto de Valparaíso comenzaron éstas; pues en la casa de ejercicios del santo frai Andrés Caro, donde se hospedaron, tuvieron por todo lecho una tarima de madera.

La llegada de tan escojida falanje de misioneros fué acojida por el pueblo de Copiapó con las mayores muestras de entusiasmo: arcos triunfales i guirnaldas de flores adornaban las calles por donde pasaron. Muchos años hacía que en Copiapó no se predicaban misiones; i ese pueblo, lleno entonces de viva fe i piedad, sentía hondamente su falta.

Sin pérdida de tiempo se pusieron a la obra los ocho misioneros, dando primeramente una misión a que concurrió casi todo el pueblo, i después dos corridas de ejercicios: una para los hombres i otra para las mujeres. A ámbas entraron sólo personas de la clase pudiente.

Terminados estos trabajos, en los cuales emplearon casi todo Enero de 1841, dispuso Valdivieso que se dividiesen en dos grupos: uno compuesto de los presbíteros Ríos, Guzmán, Labarca, García i Taforó recibió el encargo de misionar en el mineral de Chañarcillo i otros puntos del departamento; al otro grupo, compuesto del mismo Valdivieso, de Eizaguirre i Vera, cupo la parte mas pesada, pues tomó a su cargo la mision del Paposo, puertecillo situado unos dos grados jeográficos al norte de Caldera.

El 31 de Enero, a la puesta de sol, llegaron los misioneros, a bordo de la goleta de guerra *Janequeo*, al surjidero de Guanillo, i al día siguiente tomaron a pié el camino al villorrio de Paposo que dista una legua de Guanillo, i se hospedaron en las casas del fundo de don Miguel Gallo.

Los sencillos i dóciles habitantes del Paposo, apenas supieron la llegada de los misioneros, corrieron a establecer sus ramadas alrededor de las casas del fundo i así fué fácil catequizarlos i administrarles los sacramentos. Mas no se limitó a esto la obra de los misioneros; pues, notando en los paposinos grande afición a instruirse, les distribuyeron silabarios i les dieron algunas lecciones de lectura con bastante provecho.

A fin de evangelizar a los habitantes establecidos entre el Paposo i Copiapó, Valdivieso i sus compañeros determinaron regresar a esta ciudad por tierra. La distancia se calculaba en ciento veinte leguas, i los caminos eran mui ásperos; pero estas dificultades no arredraron a los jóvenes i animosos misioneros, cuyo celo por la salvación de las almas les hizo mirar en poco las fatigas de ese pesado viaje. El

23 de Febrero salieron del Paposo i el 4 de Marzo entraban en Copiapó.

Esta misión debió dejar hondas huellas en Copiapó i demás pueblos visitados por los misioneros. Eran esos tiempos de profunda fe i piedad, i hacía largos años que no se daban misiones, por lo cual éstas tuvieron todo el atractivo de la novedad para la mayor parte de la población. A este atractivo se añadía el de la ciencia, virtudes i distinción de los misioneros i la elocuencia de algunos, entre los cuales sobresalía con mucho Taforó.

En el mismo mes de Marzo regresaron a Santiago los misioneros i Valdivieso dió cuenta de todo lo hecho i observado al Supremo Gobierno en un largo i luminoso oficio.

§ VI

Comienza a redactar su «Historia Eclesiástica, Política i Literaria de Chile»

Eizaguirre continuó ejerciendo el ministerio sacerdotal libremente durante el resto del año 1841 i todo el siguiente, sin desempeñar ningun empleo especial. En 1842 concibió un proyecto audaz para aquellos años, i puso inmediatamente manos a la obra. Esta fué su *Historia Eclesiástica, Política i Literaria de Chile*. Audaz era tal empresa; porque aún no se conocían bastante los documentos que existían para escribir con mediana exactitud la his-

toria de Chile. Eizaguirre se propuso al principio redactar sólo la historia eclesiástica, acerca de la cual muy poco se había escrito hasta entonces, i todavía está por escribirse de una manera exacta i completa. Pero, leyendo en cierto autor que «La historia de las naciones está íntimamente unida con la historia de la Iglesia, de tal manera que separarlas en la narración es presentar un cuadro imperfecto», resolvió hacer también, pero brevemente, la historia política. La empresa le resultó más costosa de lo que había imaginado i así esta historia no pudo publicarse sino ocho años más tarde.

§ VII

Es nombrado Secretario del Arzobispado, por su tío don Alejo Eizaguirre, Vicario Capitular

El 3 de Mayo de 1843 ocurrió en Santiago el fallecimiento del santo i amado arzobispo don Manuel Vicuña. Este acontecimiento trajo para Eizaguirre trascendentales consecuencias. El cabildo eclesiástico, dentro del plazo de ocho días que le señalaba el concilio de Trento, eligió Vicario Capitular al deán don José Alejo Eizaguirre. Quiso el electo excusar la aceptación de tal cargo alegando su edad avanzada i su mala salud; pero como sus colegas insistiesen, consintió en aceptar i, deseando tener a su lado personas de su más absoluta confianza supuesto que en muchos casos debería fiar a ellas la resolución de negocios graves que su mala salud no le permitiría estudiar por sí mismo, nombró Secretario de cámara

a su sobrino predilecto don Ignacio Víctor Eizaguirre.

El Supremo Gobierno por su parte acordó presentar a don José Alejo para la mitra arzobispal vacante (7 de Mayo de 1844). Pero no llegó a efectuarse la presentación a Roma, porque ocurrieron incidentes que obligaron a Eizaguirre a renunciar la vicaría capitular i su derecho de arzobispo electo.

§ VIII

Renuncia don José Alejo Eizaguirre i cesa don Ignacio Víctor en el desempeño de la secretaría arzobispal.

El incidente a que aludimos fué el decreto de 22 de Mayo de 1845 por el cual el gobierno, renovando las disposiciones de una lei de 1823, prohibía emitir votos solemnes en orden religiosa antes de cumplir veinticinco años de edad, i rogaba i encargaba al arzobispo electo no conferir órdenes sacerdotales a los religiosos que no tuvieran esta edad.

Antes de dictar ese decreto el Supremo Gobierno había preguntado a don Ignacio Víctor si por parte del arzobispo electo habría inconveniente para acatarlo, i como éste le contestara que no habría dificultad alguna, el decreto fué expedido.

Pero el vicario capitular creyó que no debía dejar pasar sin protesta este decreto que lejislaba sobre materias exclusivamente eclesiásticas, i coartaba la lejítima libertad de la iglesia; i en efecto, por nota de 2 de Abril, expresó al gobierno las reflexiones que

su decreto le sugería, dando a entender que no estaba dispuesto a cooperar a su observancia. Insistió el ministro del culto, don Manuel Montt, en sostener el decreto gubernativo, por medio de una nota muy terminante que concluía con esta frase: «El presidente, que debe velar en la observancia de las leyes, me ordena decir a U. S. I. que exprese clara i categóricamente si está dispuesto a dar, en la parte que le toca, exacto cumplimiento al decreto que queda mencionado». El arzobispo electo replicó, usando una vieja fórmula de la colonia, que lo obedecería pero no lo cumpliría mientras se entablaban los recursos del caso al soberano congreso; i concluía insistiendo en que se le aceptase la renuncia del arzobispado que tenía presentada desde los primeros días de Marzo, i se fundaba en los crecientes quebrantos de su salud (11 de Abril de 1845). El gobierno, en vista de esta insistencia i por poner fin a una situación embarazosa para él, aceptó la renuncia por decreto de 22 de Abril, i mandó publicar en *El Araucano* todas las notas cambiadas (1).

El vicario capitular adoptó esta actitud resuelta después de consultar a varios eclesiásticos eminentes, uno de los cuales fué don Rafael Valentín Valdivieso, el cual opinó que no quedaban al vicario sino dos caminos: o desautorizar al secretario protestando del decreto o renunciar el cargo, para que el sucesor pudiese protestar con más libertad. A esta opinión adhirieron los demás consultores. Eizaguirre hizo lo primero, i esto aceleró la aceptación de la renuncia que tenía presentada con anterioridad, no

(1) *El Araucano*, número del 25 de Abril de 1845.

sólo por su mala salud, sino porque notaba al gobierno mui remiso para enviar al Sumo Pontífice las preces a fin de que le instituyese arzobispo.

Con la cesación del gobierno de don José Alejo Eizaguirre cesó en su oficio de secretario su sobrino don Ignacio Víctor. En lugar de aquél, fué elejido vicario capitular al canónigo doctoral don Juan Francisco Meneses. Este entregó el gobierno el 6 de Julio del mismo año 1845 al presbítero don Rafael Valentín Valdivieso, arzobispo electo, el cual nombró secretario a su íntimo amigo el presbítero don José Hipólito Salas.

El corto tiempo que Eizaguirre sirvió la secretaría arzobispal i los achaques de su señor tío no permitieron a ambos dejar huellas de su paso en el gobierno diocesano.

§ IX

Es elejido miembro de la facultad de teología de la Universidad de Chile

El mismo año 1842 que Eizaguirre comenzó sus trabajos sobre la historia de Chile tuvo lugar un importante acontecimiento para la cultura del país: este fué la fundación de la Universidad de Chile, por la lei dictada en dicho año, i por la cual hasta el día se rije.

En virtud de dicha lei la facultad de teología se compuso de treinta doctores. Eizaguirre por sus cortos años no pudo contar entre los veinticuatro que nombró el Presidente al organizarse la facultad en

1843; pero al siguiente año, habiendo ocurrido el sensible fallecimiento del canónigo don Bernardinó Bilbao, sacerdote docto i distinguidísimo, Eizaguirre fué elegido en su lugar (18 de Noviembre de 1844). No había cumplido aún los veintiocho años de su edad cuando se le juzgó digno de este honor. Su discurso de incorporación versó sobre la independenciam de la iglesia en lo espiritual, materia entonces poco conocida i menos respetada por las autoridades civiles.

§ X

Su labor como miembro de la facultad de teología.— Academia de ciencias sagradas.—Vicario Jeneral suplente.—Sociedad de Agricultura.—Casa de refugio para eclesiásticos.

En su calidad de miembro de la facultad de teología desempeñó Eizaguirre con acierto varias comisiones que se le confiaron, como la de tomar exámenes de relijión i derecho canónico; informar, en compañía de frai Domingo Aracena, acerca del texto de historia sagrada que convendría adoptar para la enseñanza de la relijión en los establecimientos públicos.

Contestó también el discurso de incorporacion a la facultad del presbítero don Pascual Solís de Ovando, que tuvo por materia *las órdenes monásticas*. Su respuesta fué bastante breve.

En la misma lei orgánica de la Universidad se establecía una Academia de Ciencias Sagradas. cuyo principal objeto fué el procurar que los sacerdotes se perfeccionasen en el conocimiento de las ciencias teológicas, principalmente en lo relacionado con la

práctica del ministerio sacerdotal. Don Rafael Valentín Valdivieso, como primer decano de la facultad de teología, redactó el reglamento de esta academia, que quedó establecida en 1845, i cuyo primer secretario fué Eizaguirre. Esta fundación tuvo vida efímera, porque a los pocos años el Seminario Conciliar, reformado por su rector don Joaquín Larrain Gandarillas, vino a satisfacer con creces los fines de la Academia de Ciencias Sagradas.

El arzobispo electo Valdivieso, no bien empuñó las riendas del gobierno promovió la fundación de una casa que llamó *de refujio*, destinada a dar albergue barato a los sacerdotes inutilizados para el servicio activo i destituidos de bienes de fortuna. Esta misma casa serviría de reclusión para los eclesiásticos procesados. Como entonces existía el fuero eclesiástico, debía también tener su prisión la autoridad diocesana. Eizaguirre fué nombrado síndico de esta fundación i desempeñó su cargo durante un año, al cabo del cual lo renunció, siendo sustituido por el presbítero don Vicente Gabriel Tocornal.

Durante las vacaciones de 1847, habiendo salido de Santiago el provisor don José Miguel Arístegui, el arzobispo electo nombró a Eizaguirre provisor sustituto.

En ese mismo año figura como socio de la Sociedad de Agricultura i Beneficencia, que presidía don Rafael Larrain Moxó, mostrando patriótico interés por el desarrollo de dicha asociación.

§ XI

Publica la Historia Eclesiástica, Política i Literaria de Chile

La facultad de teología de la Universidad había propuesto por tema del certamen anual que la lei le autorizaba para abrir: *un trabajo sobre la historia eclesiástica de Chile desde el descubrimiento hasta el fin del siglo XVII*. Eizaguirre, que ya tenía mui adelantada su historia de Chile en que trabajaba desde hacía cinco años, presentó al concurso la primera parte de su obra. Don Justo Donoso, obispo electo de Ancud i frai Domingo Aracena, nombrados informantes, se expresaron de la obra de Eizaguirre en mui elojiosos términos. Dijeron que el plan seguido era el de la historia eclesiástica de Ducreux, i ponderaron la labor de investigación realizada por el autor, su piedad i su prudente crítica, i pidieron que para el año siguiente se fijase por tema la segunda parte de la historia eclesiástica de Chile para que Eizaguirre completase la suya.

Este realizó, sin duda, un mui laudable esfuerzo, si se tiene en cuenta la escasez de documentos que entonces había i la dificultad para juntar los existentes i estudiarlos, por estar casi todos manuscritos. Por eso el juicio de los informantes fué exacto para aquel tiempo, i sus elojios no pueden calificarse de exajerados.

Los estudios históricos posteriores han venido a destruir en gran parte la historia de Eizaguirre, rec-

tificando muchas de sus aseveraciones, i completandola con gran número de detalles.

Nadie hasta hoy ha osado renovar la tentativa de Eizaguirre escribiendo otra historia eclesiástica de Chile; porque, en vista de la prolijidad i documentación que actualmente se exige a los que pretenden hacer historia duradera, tal empresa demandaría largos años de labor, i no ha habido un eclesiástico que dispusiese de bastante tiempo i al mismo tiempo se sintiese con afición i aptitudes para realizarla.

La Historia de Chile quedó terminada por Mayo de 1849. El 22 del dicho mes Eizaguirre firmaba con don Pascual Ezquerria el contrato para la impresión, pagándole una onza de oro por pliego de dieciséis pájinas, siendo la tirada de mil ejemplares.

La impresión quedó terminada a principios de 1851, i la obra comenzó a circular con grande aceptación por la América entera i aun por Europa, cuidando de su difusión el mismo editor Ezquerria en fuerza del contrato celebrado con Eizaguirre.

§ XII

Eizaguirre Decano de la Facultad de Teología

Al fundarse la Universidad de Chile fué nombrado primer decano de la facultad de teología el presbítero don Rafael Valentín Valdivieso; i al ser éste presentado para la mitra arzobispal de Santiago, cuya administración asumió en calidad de arzobispo electo, como se acostumbraba entonces, sucedióle en el decanato el presbítero don José Miguel Arís-

tegni. El año 1847 la facultad eligió en su lugar a Eizaguirre, i en 1849 lo volvió a elegir por un segundo período.

Eizaguirre profesó gran cariño a la Universidad, a la cual prestó cuantos servicios pudo. En aquellos años el erario público de Chile era mui pobre i mui hourado; sus rentas le alcanzaban apenas para pagar sus deudas i atender, con suma parsimonia, los más impostergables servicios públicos. En las oficinas del estado i en los establecimientos de instrucción se carecía de no pocos muebles necesarios. Eizaguirre, para remediar una de estas escaseces que él notaría en la Universidad, obsequió al Consejo de Instrucción seis valiosas sillas para que las usara en las funciones solemnes. «El Consejo, le decía don Andrés Bello en su oficio de agradecimiento, en vista de tan lucido i jeneroso obsequio, lo aceptó con gratitud i acordó en favor de Ud. un voto de expresivas gracias » (1).

En Agosto de 1851 expiró el segundo período del decanato de Eizaguirre, i no fué reelegido porque se sabía que mui pronto saldria en viaje al viejo mundo, por tiempo indefinido. El Consejo de Instrucción acordó darle las gracias por los servicios prestados i don Andrés Bello le comunicó este acuerdo por medio de la siguiente nota:

«Me es sumamente grato desempeñar el encargo que me hizo el Consejo en su sesión del 30 del próximo pasado Agosto, de espresar a Ud. su alta gratitud por los servicios que ha prestado al público i a esta Universidad, mientras dignamente ha presidido

(1) Oficio de 26 de Abril de 1849:

a la Facultad de Teología. El gran impulso que el celo de Ud. comunicó desde su ingreso al Decanato a la Academia de Ciencias Sagradas, influyendo no poco en la mejora i progreso de los estudios entre los Regulares: su meritorio i extenso trabajo sobre la historia eclesiástica chilena, su activa exactitud en el desempeño de los deberes de aquel cargo, i, en fin, el notable recto juicio con que acostumbró auxiliar las deliberaciones del Consejo, a que prestó tan constante asistencia, le constituyen demasiado acreedor al distinguido testimonio de reconocimiento, de que tengo el honor de hacerme el órgano...» (1).

§ XIII

Administra el Hospital de San Juan de Dios

En Santiago existían dos hospitales: el de San Borja i el de San Juan de Dios. El Supremo Gobierno nombraba los administradores de estos hospitales por períodos de dos años. En 1848 Eizaguirre fué nombrado para el de San Juan de Dios, i desempeñó este cargo con todo el celo i aplicación de que fué capaz: i como no tenía entonces puesto eclesiástico que le ocupara muchas horas diarias, pudo destinar bastante tiempo al hospital.

Este establecimiento debía dejar mucho que desear, porque aún no lo habían tomado a su cargo las Hermanas de la Caridad; i los chilenos que viajaban por Europa i conocían los adelantos de los hospita-

(1) Nota del 2 de Setiembre de 1851.

les europeos. decían que no podía haber hospital bien administrado si no estaba rejido por monjas.

Eizaguirre inició su administración elevando al Supremo Gobierno un largo memorial acerca de las deficiencias que notaba en los servicios i de las mejoras que urjía introducir.

Durante la administración de Eizaguirre se introdujo el cloroformo para las operaciones quirúrgicas. Este utilísimo medicamento acababa de ser descubierto en Inglaterra, i el ministro chileno en Londres, don Francisco Javier Rosales, apenas tuvo noticias del descubrimiento envió al ministro del interior varias cajas de aquel narcótico, que comenzó a usarse inmediatamente en el hospital de San Juan de Dios (3 de Julio de 1848).

§ XIV

La Sociedad Evanjélica

En 1849 fundóse en Santiago, por iniciativa del canónigo don Casimiro Albano i con la cooperación de los miembros de la Sociedad de Agricultura i Beneficencia, una asociación que se denominó *Sociedad Evanjélica*, destinada a socorrer con toda clase de auxilios, principalmente pecuniarios, a las misiones de Arcañía, confiadas hacia poco por el Supremo Gobierno a los capuchinos italianos.

Tratábase de fundar escuelas para educar a los niños indíjenas; pues los misioneros juzgaban con razón que sus fatigas serían perdidas, i nulo el fruto de su predicación, si no se tomaba al indio desde la

infancia para educarlo en un medio social distinto del de su nacimiento, e infundirle los gustos i aspiraciones propias de los civilizados.

Eizaguirre cooperó a esta obra con su palabra, i a él se le confió el sermón que se predicó en la catedral el día 5 de Agosto, que fué el de la solemnísima instalación de la Sociedad. Pocas veces se habrá visto en nuestro templo metropolitano más lucida concurrencia. Ofició la misa el arzobispo Valdivieso, que había mirado como suya esta obra, i le prestaba su más decidido concurso, i asistían el presidente Bulnes, rodeado de sus cuatro ministros, los jenerales Freire, Las Heras, de la Lastra i Campino, el intendente de Santiago, la municipalidad, muchos miembros de la Universidad, el clero secular i regular i numerosísimos fieles.

El orador, en un bien pensado discurso, que después se publicó en la *Revista Católica* (1), hizo el elogio de la nueva sociedad, demostrando que estaba destinada a dar grande gloria a Dios i ennoblecer al hombre.

Eizaguirre no continuó prestando su cooperación a la Sociedad Evanjélica, a la cual profesaba sin duda grande afecto, supuesta su afición a las misiones, porque se lo impidieron los acontecimientos que sobrevinieron con motivo de su intervención en la política, que ocurrió en ese mismo año 1849.

(1) Tomo IV núm. 188.

§ XV

Eizaguirre diputado por Putaendo

Eizaguirre había vivido, hasta esta fecha, dedicado enteramente a su ministerio sacerdotal i a los estudios así sagrados como profanos. Pero era difícil que, perteneciendo a una familia cuyos miembros todos habían tomado activa parte en el gobierno de la república, pudiera desinteresarse en absoluto de la política. No era entonces como ahora costumbre que el clero no tuviese representantes en las cámaras legislativas, antes por el contrario en todos los congresos figuraban eclesiásticos, i a veces en crecido número. I pocos clérigos podían creerse tan bien preparados como Eizaguirre para desempeñar lucido papel en las cámaras, pues era abogado, sacerdote i decano de la facultad de teología, i, por las estensas vinculaciones i fortuna de su familia, podía contar con el apoyo del gobierno e influencia en el pueblo para resultar electo.

I efectivamente fué elegido diputado por Putaendo para el trienio de 1849 a 1852; i también elector de senador por el departamento de Rancagua, que entonces formaba parte de la provincia de Santiago.

Eizaguirre entraba a la cámara como diputado ministerial. La oposición, que luchó con más empeño que en las elecciones anteriores, no pudo hacer triunfar sino a cuatro candidatos: don Miguel Gallo, en Copiapó, don Joaquín Vallejo, en Vallenar i Freirina, don Antonio García Reyes, en Ligua i don Manuel Antonio Tocornal, en Valparaíso.

El ministerio Vial-Sanfuentes, que había ganado estas elecciones, aunque triunfante, hubo de abandonar el poder apenas se abrieron las sesiones del congreso; porque el presidente, conociendo que sus ministros no contaban con el apoyo de la opinión pública, por su mui abusiva intervención electoral, i por otros errores cometidos durante su administración, rehusó aceptar ciertas medidas gubernativas que le propusieron para refrenar la oposición, i privados así de la confianza del presidente, hubieron de presentar la renuncia de sus carteras.

El ministerio que entró a reemplazarlo se componia de don José Joaquin Pérez, ministro del Interior, don Manuel Antonio Tocornal, ministro de justicia, culto e instruccion pública; don Antonio García Reyes, ministro de hacienda i el coronel don Pedro Nolasco Vidal, ministro de guerra i marina.

Este Ministerio tenia en contra suya a la mayoría de la cámara de diputados, que era adicta al ministerio caído, como elejida por él; pero siendo compuesto de hombres prudentes, hábiles i mui prestigiosos, supo mantenerse en el poder durante diez meses.

Eizaguirre, al abrirse las sesiones ordinarias de 1849, fué elejido vice-presidente de la cámara, i desempeñó ese cargo durante todo el período de esas sesiones i en las extraordinarias del mismo año. Pero al siguiente, habiendo sido reemplazado el ministerio Pérez-Tocornal por el ministerio encabezado por don Antonio Varas, en el cual figuró como ministro de hacienda don Jerónimo Urmeneta i conservó el coronel Vidal la cartera de guerra, Eizaguirre se encontró colocado en las filas de la oposición, porque no

simpatizaba con la candidatura presidencial de don Manuel Montt que el nuevo ministerio patrocinaba. Al abrirse las sesiones ordinarias, las fuerzas gobiernistas i las de oposición, estaban tan equilibradas en la cámara de diputados que fué preciso decidir por sorteo la elección de presidente i vice.

La suerte no favoreció a Eizaguirre, sino a su rival don Borja Solar. En el mes de Julio volvió a ser reelegido por última vez i desde Agosto dejó de serlo hasta la expiración del período legislativo.

§ XVI

Luchas políticas de 1850 i 1851

En las filas de la oposición figuraban algunos *enfants terribles*, como los directores de la famosa *Sociedad de la Igualdad*, fundada por Francisco Bilbao i don Santiago Arcos, i el periódico *El Amigo del Pueblo*, cuyo redactor principal fué don Eusebio Lillo. Todos ellos inspirados en las ideas de los socialistas franceses S. Simon, Fourier, Lamennais i comparsas, se permitían ultrajar en su diario a la relijión i sus ministros, hiriendo en sus más caros sentimientos a los dirigentes de la oposición, que eran sinceros católicos.

Habiendo publicado *El Amigo del Pueblo* dos capítulos de *Las palabras de un creyente*, opúsculo de Lamennais condenado por la iglesia, *La Revista Católica*, en un artículo intitulado *Un avance impío*, denunció esta publicación como anti-relijiosa. *El Amigo del Pueblo* i *El Progreso*, otro diario liberal, levantaron el grito al cielo; cubrieron de injurias al presbítero

don José Hipólito Salas, al cual atribuyeron sin razón el artículo de *La Revista Católica* i finjieron una condenación de *La Revista* por un supuesto nuncio en Río Janeiro, fundada en que este periódico había recomendado en años anteriores una obra perniciosa. *La Revista* replicó en dos artículos brillantes i razonados que intituló: *Contestación a nuestros adversarios* e *Impudente i escandalosa impostura*, en el primero de los cuales se lee un párrafo de fuego dirigido, según se entendió entonces, contra don Ignacio Víctor Eizaguirre i talvez contra don Francisco de Paula Taforó, los dos diputados eclesiásticos; porque se creyó que sólo aquél podía tener noticias de la recomendación de una obra impía hecha por la revista seis años antes (1).

Eizaguirre, que no había querido consentir en la publicación de las *Palabras de un creyente*, amonestó severamente, a nombre del partido de oposición, a los redactores de *El Amigo del Pueblo*, para que no continuasen en su campaña anti-relijiosa; i como esto no podía bastar, el periódico fué suprimido i reemplazado por otro de igual formato, que se denominó *La Barra*, redactado por don Manuel Bilbao, hermano menor de Francisco, el cual recibió orden de hacer oposición sin tocar cuestiones religiosas, orden que no siempre obedeció.

Eizaguirre durante su asistencia a la cámara, no tomó mui activa parte en los debates que se suscitaron; pero no dejó de hacerlo cuando se promovieron cuestiones relacionadas con la iglesia. Así terció en la discusión de la lei de instrucción primaria que,

(1) *Revista Católica*, nos. del 3 y del 11 de Mayo de 1850.—*Revista Chilena*, tomo I páj. 543 y tomo II, páj. 87.

por iniciativa de don Antonio García Reyes, se discutió en la cámara de diputados en las sesiones de 1849-1850. La lei propuesta imponía a los conventos la obligación de mantener escuelas gratuitas. Eizaguirre, con muchísima razon, impugnó este artículo por ser inconstitucional; pues lesionaba la igualdad ante la lei que la constitución garantiza a todos los chilenos, imponiendo a los relijiosos una verdadera contribución pecuniaria que no se exijía del estado se- gular. El proyecto de lei espresaba que en el plan de estudios se comprendía *la doctrina i moral cristianas*. Eizaguirre, poco satisfecho de esta expresión, pidió que se dijese que debia estudiarse catecismo e historia sagrada. Pero sus indicaciones no fueron escuchadas por la mayoría de la cámara, i los dos artículos impugnados quedaron tales como los había propuesto el autor del proyecto de lei.

Esta lei de instrucción primaria nunca llegó a ser aprobada i promulgada, porque tropezó con escollos insalvables cuando se trató de señalar los fondos con que la instrucción debía costearse.

Intervino también en la discusión de un proyecto de lei propuesto por el diputado Infante, que tampoco logró ser aprobado, para otorgar a los párrocos una dotación fija i suprimir los derechos parroquia- les llamados *de estola*.

Al tratarse de los aranceles que debían rejir para el cementerio jeneral, atacó duramente al ministro, porque en esta materia prescindía de la autoridad diocesana que tenía derecho de intervenir por tratarse de un acto relijioso; i llegó a decir que el altar de la capilla del cementerio era verdaderamente dig-

no de un templo protestante, porque no contenía sino una desnuda cruz.

La contestación del ministro fué victoriosa; pues había procedido de acuerdo con la autoridad diocesana.

No fué, pues, mui brillante su actuación en las discusiones de los negocios que durante su mandato ocuparon la atención de la cámara; pero en cambio tuvo activa participación en el tejemaneje político de la oposición, empeñada en derribar el ministerio Pérez i cerrar el paso a la candidatura Montt. Don José Victorino Lastarria, en su *Diario desde Junio de 1849 hasta Marzo de 1852*, después de quejarse de la inercia i pusilanimidad de no pocos diputados opositores, dice lo siguiente: «Eizaguirre, el clérigo, es vivo, ajitador, enérgico, i no hai ninguno como él para mover a estos hombres tortugas que tanto abundan; su autoridad, su carácter sacerdotal, le dan mucho prestigio ante ellos». Su activísima participación en la política pura era adversamente juzgada por el clero i daba motivo a sus enemigos políticos para calificarlo de intrigante (1). También uno de sus colegas de cámara, Jotabeche, solía fustigarlo desde las columnas de *El Mercurio* con esa pluma acerada que tan diestramente manejaba.

Eizaguirre se sentía molesto por los desagradados que le ocasionaba la oposición al ministerio, i los conflictos de conciencia que las ideas de sus amigos solían ocasionarle, i por eso pensó dejar de asistir a la cámara; pero habiéndole insinuado una persona de influjo en el gobierno que se trataba de darle una

(1) *Revista Chilena*, tomo II, páj. 230 i páj. 87.

canonjía, sintióse herido en su dignidad por tal insinuación, pues la consideró como un intento de cohecho, i hubo de continuar asistiendo i figurando como resuelto opositor; i su casa era el punto de reunión de algunos diputados que trataban de proponer una reforma constitucional, con la cual Eizaguirre simpatizaba.

§ XVII

Viaje a Lima

En Julio de 1850, pensando que ya no podía sospecharse de su lealtad al partido, proyectó un viaje al Perú que el doctor Padín le habia aconsejado para curarse de cierta afección a la garganta; pero habiendo fallecido el 4 de Agosto siguiente su tío el deán don Alejo Eizaguirre, que le dejaba de albacea, el viaje se fué demorando hasta fines del año, i sólo pudo realizarlo en el mes de Diciembre.

La situación política de Chile durante estos últimos meses de 1850 habia sido tan turbulenta, a causa de la gran oposición que se hacia a la candidatura presidencial de don Manuel Montt, que el gobierno, después del motín de San Felipe i las manifestaciones públicas de la *Sociedad de la Igualdad*, se habia visto obligado a declarar en estado de sitio, por setenta días, a las provincias de Santiago i Aconcagua. Todos éstos eran motivos para que Eizaguirre saliera del país.

Su permanencia en Lima duró unos veinte días, más o menos; pues el 23 de Enero de 1851 ya estuvo de regreso en Santiago. Su residencia en la capital

del Perú no había sido una ociosa excursión de verano, pues consta que repetidas veces predicó en la iglesia del Espíritu Santo.

A su regreso de Lima halló impresa ya i encuadrada su *Historia de Chile*, que veía la luz pública favorecida con un prólogo del ilustre jeneral e historiador don Bartolomé Mitre.

§ XVIII

Es sindicado de revolucionario

La suspensión del estado de sitio que el gobierno decretó aun antes que expiraran los setenta días porque fué proclamado, debieron influir en el pronto regreso de Eizaguirre, haciéndole creer que Chile recobraba su habitual tranquilidad. Pero no había sido así. La oposición seguía más ardorosa que nunca contra Montt; i la proclamación de la candidatura del jeneral Cruz, jefe del ejército de la frontera araucana, vino a revelar al país que los opositores, por no retroceder en su empeño de cerrar el paso al candidato oficial, acudirían a la revuelta armada si era preciso.

Muchos eran, pues, los temores de revolución i muchos los sindicados de estar tramándola. El mismo Eizaguirre se vió acusado por *El Diario*, que publicaba en Valparaiso don Juan Carlos Gómez, de intervenir en manejos revolucionarios, con motivo de cierto viaje que había hecho al fundo de Tango a predicar una misión. Para sincerarse le fué preciso obtener cartas de las personas con quienes había tra-

tado en su viaje, las cuales dijeron que Eizaguirre se había limitado al ejercicio de su ministerio, i a una que otra visita a personas amigas, libres de toda sospecha (Febrero de 1851).

Pero como la agitación política continuaba aumentando por grados hasta estallar, el 20 de Abril, la sedición del batallón Valdivia, Eizaguirre continuaba sintiéndose incomodado en Santiago i, para evitarse molestias i ejercer en paz su ministerio, se trasladó por tres meses a la Serena, cuya sede episcopal era ocupada por su viejo amigo don Justo Donosó (Abril a Julio de 1851).

La candidatura Montt triunfó, a pesar de la encarnizada oposición que se le hacía por el partido liberal i una importante fracción conservadora. Los vencidos no se resignaron con su derrota i acudieron a las armas acaudillados por el jeneral Cruz. La suerte continuó siéndoles adversa; pues perdieron la sangrienta batalla de Loncomilla (8 de Diciembre de 1851), en que fué destruido el ejército de Cruz. Con esto el país recobró la tranquilidad.

§ XIX

~~X~~ Decide viajar a Europa.—Incidente con el arzobispo Valdivieso

Más para Eizaguirre no sucedió lo mismo. El triunfo de Montt significaba el fin de su carrera política por largos años. Como no desempeñaba ningún cargo eclesiástico que exigiera residencia, i a fuer de chileno gustaba de viajar i tenía fortuna suficiente para

darse este dispendioso gusto que podía serle mui útil, resolvió emprender viaje a Europa. Al efecto solicitó del arzobispo Valdivieso las *letras testimoniales* que debía llevar.

La conducta observada por Eizaguirre durante los últimos tres o cuatro años, tenía bastante preocupado al arzobispo, que le profesaba sincero afecto por haberlo conoeido desde su más tierna infancia i cultivado con él i su familia estrecha amistad. Aprovechó, pues, la oportunidad que la solieitud de testimoniales le ofrecía para abrirle el fondo de su corazon, i hacerle una paternal monieión.

Comenzó el arzobispo por enviarle testimoniales que contenian esta frase: *ob adjuncta rerum politicarum Reipublicae exeuntem*, que puede traducirse: *que sale de Chile por causa de la situación política de la república*. Eizaguirre, pensando que esta frase podía entenderse en el sentido de que el salía de Chile por revolucionario, pidió al arzobispo que la eliminara.

En contestaeión el prelado le envió una larga carta, eserita de su puño, verdadera obra maestra de ciencia, de lójica, de celo pastoral i de afectuosa caridad, que sentimos no reproducir íntegra. El arzobispo deseó que este negoeio fuese mui reservado, i por eso no se valió de secretario para escribir su carta. Pero Eizaguirre no guardó la misma reserva, i luego se supo algo de lo oeurrido i se le revistió de circunstaneias odiosas i falsas.

El principal eargo que se hacía a Eizaguirre era su complicitad con los revolucionarios. Esta complicitad, si hubiese existido realmente, acarrea

irregularidad, i por lo tanto inhabilidad para el ejercicio del sagrado ministerio.

Sobre la parte que hubiera podido caberle en la revolución el arzobispo pedía explicaciones a Eizaguirre. A mas de esto el prelado le hacia los siguientes cargos:

«Se agrega a lo dicho que tengo datos para juzgar que la compañía de hombres de malas ideas le han pegado, quizá sin que Ud. lo entienda, algunos resabios de peligrosa doctrina i sobre esto era mui principalmente sobre lo que yo quería hacerle mis amistosas moniciones.

«No me parecía bien que Ud. mantuviese relaciones íntimas con los que escriben en los periódicos que apoyaron a Bilbao cuando escribió contra la relijión. Sin hacer Ud. una manifestación pública de que condenaba su liga podía atribuírsele alguna conivencia; mas entonces no le quise decir nada, porque oí que Ud. había protestado a otros eclesiásticos que reprobaba, como era de esperarse, tales publicaciones.

«Lo mismo me sucedió cuando Federico Errázuriz lanzó su filípica contra el ministerio sacerdotal, en la persona de los párrocos (1), i avanzó algunas proposiciones de mal sabor en el discurso de su recepción: i mui principalmente cuando, proponiendo temas para el premio, quiso hacer alarde de sus perniciosas creencias acerca del matrimonio de los protestantes con los católicos. No era posible que una hechura de Ud. en su carrera teológica i política como el dicho Federico, se atreviese a proclamar tales ideas contra la voluntad de Ud. Mas, apenas me dijo

(1) Discurso de incorporación a la facultad de teología: *Anales de la Universidad*, tomo VI, páj. 95.

don Joaquín Larraín que Ud. había declinado toda participación en las dichas cosas, cuando quise convencerme de que debía deponer toda sospecha.

«Esta facilidad para justificar a Ud. apenas abría la boca en su defensa, ha parecido ante algunos como una falta de enerjía para reconvenirle a Ud., según ahora me lo han dicho personas respetables; pero ellas no han contado con mi corazón, i se lo digo a Ud. por si Ud. mismo ha recibido con ello algún escándalo. Decía que no han contado con mi corazón; porque habiéndolo a Ud. manoseado como a niño de mi casa en su niñez, habiéndolo visto crecer i formarse en la piedad, habiéndolo tratado con intimidad i cercanía durante un largo período de mi vida, no podía menos que haberle cobrado afición estrecha i una predisposición mui pronunciada para reputarlo inespugnable en sus sanos principios i vieja ortodoxía. Debo sin embargo confesar que había motivo para amonestar a Ud. i que siento no haberlo hecho, porque no dudo de que su docilidad le habría hecho advertir el peligro que seguramente corría Ud. sin conocerlo.

«La prueba de esto la deduzco de que mui formalmente un sujeto respetable de Lima, que no me conoce personalmente, ex-profeso me ha escrito participándome, movido sólo de su conciencia i de la necesidad que había de que yo conociese a Ud. como sacerdote que creía ser de mi confianza, el que, cuando Ud. estuvo en el Perú, entre ciertas personas hizo Ud. el papel de hombre liberal, defendiendo a cara descubierta la utilidad de promover los matrimonios entre católicos i protestantes.

«Igualmente, otros que han leído íntegra la histo-

ria escrita por Ud., me han hecho notar proposiciones que en rigor teológico no escapan de ser notadas, acerca de los cuerpos religiosos i de la institución en sí misma.

«Repito que en todo esto no creo que hai designio depravado, sino simplemente contajio de malos hombres que se lo pegan aun sin conocerlo».

Eizaguirre acojió esta monición con la respetuosa docilidad que el arzobispo esperaba de él; i le contestó una carta en que se manifestaba de acuerdo con el prelado en varias de las reflexiones que éste le hacía; excusaba su conducta política asegurando que siempre había reprobado lo malo que sostenían algunas personas del partido liberal; que a Bilbao ni siquiera lo conocía, i había escrito un artículo contra los *Boletines del espíritu*, artículo que no se publicó por cierto accidente; i predicado contra las doctrinas de Bilbao en la iglesia de Santo Domingo; que el discurso de don Federico Errázuriz no lo había conocido antes que éste lo pronunciara; i que lo que al arzobispo escribían de Lima era absolutamente falso.

Quejábase tambien Eizaguirre, en su carta, de que era víctima de injustas censuras, formuladas aun en público por algunos sacerdotes.

El arzobispo acojió benignamente las excusas i protestas de docilidad i ortodoxia de ideas que Eizaguirre le hacía, i le otorgó letras testimoniales en la forma usual i corriente (14 de Enero de 1852).

Pesada atmósfera rodeaba, pues, a Eizaguirre en su patria. No sólo el partido político triunfante lo miraba con malos ojos, sino también entre el clero había personas de importancia que le tenían por sos-

pechoso en sus doctrinas. Estos eran motivos más que sobrados para emprender el proyectado viaje a Europa i. obtenidas las letras testimoniales, dispuso sin demora lo necesario para realizarlo con felicidad. Don Ramón Luis Irarrázaval, que había llegado hacía pocos meses de su misión en Roma, le dió cartas de recomendación para varios personajes europeos, i para algunas casas de comercio.

Antes de su partida envió al arzobispo, como recuerdo suyo, un valioso reclinatorio, obsequio que simbolizaba bien su agradecimiento por el sincero cariño que le había demostrado cuando tantos censuraban sus actos públicos.

§ XX

Itinerario de su viaje

Su partida de Valparaíso debió ser a mediados del mes de Marzo de 1852. El viaje lo emprendió en dirección al istmo, sin otras escalas que las que forzosamente hacía el vapor en los puertos donde tocaba. De las ciudades del tránsito ya conocía las más importantes, por haberlas visitado en su viaje a Lima a fines de 1850. Durante ese viaje fué sin duda cuando presencié en Iquique las fiestas de la Inmaculada Concepcion (8 de Diciembre) de que habla en su obra: *El Catolicismo en presencia de sus disidentes*.

A mediados de Abril llegaba a Panamá i atravesando el istmo, se embarcó para Cuba. De esta isla pasó a Estado Unidos donde visitó a Charlestown, Baltimore, Nueva York y Búffalo.

De Estados Unidos se trasladó a Europa, a bordo de un vapor que lo dejó en Liverpool, de donde pasó a Irlanda, i se detuvo principalmente en Maynooth, para visitar su célebre colejo. De Irlanda pasó a Inglaterra, en cuya capital le hallamos a principios de Julio de 1852. De Londres se trasladó a París, i siguiendo su camino por Lyon hacia Italia, en Setiembre se hallaba en Nápoles, de donde pasó a Malta, i de esta isla a Grecia. Costeó en seguida el Asia Menor haciendo escala en Beiruth i otros puertos i el 11 de Octubre llegaba a Jerusalem. Su piedad debió detenerle más de un mes en la Tierra Santa; porque sólo a fines de Noviembre se le encuentra en Ejipto.

Monseñor José Valerga, patriarca latino de Jerusalem, le acogió con mucho afecto i confianza, i le nombró su representante i apoderado en Chile.

Del Ejipto se trasladó nuevamente a Italia i llegó a Roma en Diciembre del año 1852.

Su permanencia en la ciudad eterna, donde tuvo que evacuar algunas comisiones que había recibido en Chile, duró hasta el mes de Abril de 1853. En esta fecha volvió a comenzar su vida de peregrino. Florencia, Sena, Bolonia, Padua, Venecia i otras ciudades de Italia le vieron entonces; i en seguida Austria i los países del Danubio, Polonia, Rusia i Alemania; por segunda vez París i a fines del mismo año España fueron visitados.

El año siguiente 1854, visitó nuevamente la Inglaterra i durante el verano pasó a Holanda i de allí a Suecia, volviendo por Dinamarca a París, a donde le atraían importantes negocios de que luego hablaremos.

En 1855 visitó por segunda vez a España, Ingla-

terra i Tierra Santa. Por Octubre volvió a Roma i, pasados seis meses, se trasladó una vez más a París, en viaje para regresar a América.

§ XXI

Estudios i publicaciones en Europa

Todos estos viajes no fueron hechos para satisfacer la vana curiosidad de un mero turista, sino aprovechados en estudiar los países que recorría, principalmente en lo relacionado con la religión, como convenía a un sacerdote instruido i piadoso.

Su primera permanencia en París la aprovechó Eizaguirre para trabar relaciones con la dirección del importante diario católico *L'Univers*, entonces en todo su auge, gracias a la pluma de su principal redactor el jenial periodista Luis Veuillot. Dióles noticia de su *Historia de Chile*, que no tardó por su medio en ser bastante conocida en Europa. A fines de 1853 el presbítero Du Lac, director de *L'Univers*, le escribía que una persona distinguida deseaba tener un ejemplar de esa historia para traducirla al alemán; i dos años después se publicaba en Lila la traducción francesa de la misma, hecha por Mr. Poillon.

«Mr. Eizaguirre, decia el *Univers* en su número de 1.º de Setiembre de 1855, ha merecido bien de su país i de los aficionados a los estudios serios, por su docta i concienzuda *Historia de Chile*. I así era en efecto. Nuestra patria hasta estos últimos tiempos tan poco conocida de los europeos, era entonces, puede decirse, ignorada en absoluto. Hacía por lo tanto

obra patriótica Eizaguirre dando a conocer su historia i procurando que los hombres de letras se preocupasen de este lejano rincón del mundo.

§ XXII

«El Catolicismo en presencia de sus disidentes»

Pero el deseo de divulgar su *Historia de Chile*, no fué el principal objeto de sus frecuentes viajes a París. Atraíale a esta ciudad la publicación de una nueva obra, fruto de sus largos viajes, i en cuya composición había consumido los muchos ocios de sus navegaciones por mares i ríos, i las estadías en los hoteles i hospederías de cuatro continentes. Esta obra era *El Catolicismo en presencia de sus disidentes*. Este título basta para comprender que Eizaguirre, a fuer de sacerdote ilustrado i activo, no había perdido su tiempo en satisfacer la curiosidad de ver países nuevos, sino ocupado su actividad en preparar un libro útil para la iglesia católica de la cual era dignísimo ministro.

Casi todos los que saben manejar un poco la pluma cuando viajan escriben sus viajes o sus impresiones de viaje. Eizaguirre hizo esto mismo: describió los países que había recorrido, i refirió lo que le había ocurrido; pero, sin limitarse a esto sólo, estudió también la situación del catolicismo i de las sectas disidentes en esos países.

He aquí cómo espone él mismo el fin que se propuso al escribir su *Catolicismo*:

«¿Cuál es el pensamiento dominante hoi en la sociedad?»

«¿Qué hace ahora mismo el Catolicismo en todos los países?

«¿Qué suerte vemos correr a sus disidentes?

«En la presente obrita he consignado la respuesta a estas tres cuestiones, cuya averiguación es de tanto interés para nuestras jóvenes repúblicas...

«Al emprender mi larga travesía no me propuse mas objeto que conocer por mí mismo las tendencias del movimiento religioso que se realiza en el viejo continente; i, al dirigir mis observaciones a mis compatriotas de las repúblicas americanas, nada me propongo fuera de rectificar la opinión equívoca que alguno pudiera abrigar sobre aquellas tres grandes cuestiones, cuya solución tanto importa a la ventura social».

Esta obra fué mui favorablemente acogida en Europa. *L'Univers* i *Il Giornale di Roma* dieron cuenta de su aparecimiento en elojiosos artículos; i personajes eminentes de ambos mundos la encomiaron también; i así la segunda edición española pudo ser encabezada con cartas del conde de Montalembert i del R. P. Lacordaire. El canónigo chileno don Ramón Valentín García, i el ilustre ecuatoriano don Gabriel García Moreno coincidieron en estimar *El Catolicismo* de Eizaguirre como un digno complemento de *El Protestantismo* del gran Balmes, que tanta boga tenía entonces i ha conservado hasta ahora.

Eizaguirre debió tener concluída su obra a fines de 1854; pues el prólogo lo fechó el 15 de Octubre de ese año en la ciudad de Londres; i salió a luz en París, en una cómoda i elegante edición, por la librería de Garnier, a mediados de 1855. Dos años después, esta misma casa imprimía la segunda edición.

Apenas apareció la edición castellana el pbo. P. F. Verdot, párroco de San Mauricio de Besançon, lo tradujo al francés.

Fué también traducido al inglés i se han hecho diecinueve ediciones en varias lenguas hasta la muerte del autor.

Tan favorable acogida se explica fácilmente por el interés que entonces tenían todas las noticias consignadas en la obra de Eizaguirre. Este aparecía a los ojos de sus lectores católicos como un testigo, mayor de toda excepción, que venía a referirle lo que era el catolicismo i lo que eran sus disidentes en los numerosos países que en su inmenso viaje había visitado. La comparación resultaba mui ventajosa para la iglesia católica, siempre una, siempre abnegada, siempre heroica en sus virtudes i activa en su propaganda; i siempre hostilizada i perseguida por los herejes i cismáticos de mil i mil sectas, sin cesar renacientes, divididas i subdivididas, i cuyas virtudes aparecían como pálidos remedos de las virtudes católicas. Aún ahora *El Catolicismo* conserva su mérito por los interesantes datos que en él se encuentran reunidos respecto del estado religioso de Europa i países del Oriente. Pero este es un mérito apreciado sólo por los estudiosos. El gran público ya no le lee; porque trata de cosas antiguas, sustituidas ahora por otras en gran parte diferentes; i porque no está redactado en conformidad al gusto moderno. El estilo de Eizaguirre no es el de un historiador ni publicista, sino el de un orador; es el estilo declamatorio imitado de Chateaubriand i Lamartine, insoportable en una obra de largo aliento, que trata de asuntos forzosamente poco variados i contiene reflexiones que

deben repetirse a medida que el viajero pasa de un país a otro de análoga relijión i de una misma cultura.

§ XXIII

Altarec de mármol i derechos de aduana

En estos años Eizaguirre, siempre jeneroso i dispuesto a prestar servicio, remitió a Chile cinco altares de mármol que había comprado para diferentes iglesias. Uno lo obsequiaba a la iglesia metropolitana.

Estos altares le fueron ocasión de desagradoc; pues, habiéndose pedido liberación de derechos de aduana, la cámara de diputados la otorgó; pero el senado la negó, distinguiéndose en su oposición don Máximo Mujica (1).

Acerca de este debate, del que no quedaron huellas en las actas del Senado, escribía lo siguiente don Francisco Echaurren a Eizaáuirre: «Ya era en mi noticia la mala acogida que han hecho en Chile a sus altares, i silenciando el sentimiento que me ha causado un suceso semejante, no puedo menos que decirle me ha contristado soberanamente el lenguaje, mezquino, i si se quiere, grosero, que ha tenido Máximo en el Senado, refiriéndose a Ud. cuando se trataba de este asunto. La conducta del primo me prueba que los enconos políticos existen tan frescos como el primer día, i que los hombres que se han apoderado de las riendas del gobierno son incapaces de sen-

(1) Sesión del 31 de Agosto de 1855.

timientos nobles i caballerescos: lejos de extinguir los odios que la fatal política ha criado en las familias i la sociedad, los fomentan i reaniman para que no se pierdan jamás (Lisboa, 24 de Diciembre de 1855)».

Esta es una buena muestra de las luchas políticas de aquel deceso.

Los viajes que había realizado Eizaguirre por América i Europa le permitieron comparar el clero latino americano i el clero europeo; los seminarios de Europa i los de América; los errores que en esta última se diseminaban i el peligro de cisma, temido por muchos desde la emancipación política de las colonias españolas.

De esta comparación había deducido que era preciso trabajar en la buena formación del clero americano, para que no se dejase arrastrar por las doctrinas heterodoxas, ni por la jeneral relajación de costumbres.

§ XXIV

Propone al Papa la fundación en Roma de un Seminario Latino Americano

En tiempo de la reforma luterana el clero alemán corría los mismos peligros, i su formación moral dejaba mucho que desear, como lo demostró su jeneral defección en muchos estados alemanes.

Para poner remedio a tanto mal San Ignacio de Loyola fundó en Roma, con mui buen éxito, el año 1552, el Colejio Jermánico-Hungárico, destinado a educar al clero del imperio en las buenas costumbres i la sana doctrina católica.

Bien sabía Eizaguirre que la formación de un buen seminario había sido en los últimos años la atención preferente de los obispos de su patria, i que el arzobispo de Santiago había encontrado en don Joaquín Larraín Gandarillas el hombre que necesitaba para llevar su seminario a un grado de perfección no inferior al de los buenos seminarios de Europa. Pero no sucedía igual cosa fuera de Chile; porque ninguna otra diócesis americana poseía los recursos de Santiago para llevar a buen fin tamaña empresa.

Lo que cada diócesis separada no podía efectuar, los esfuerzos de todas o de muchas reunidas, bastarían para llevarlo a cabo. Esta unión de fuerzas proyectó Eizaguirre para fundar en Roma un seminario latino americano; i espuso su idea al papa Pío IX en los siguientes términos:

«El presbítero José Ignacio Víctor Eizaguirre, de la República de Chile, expone a Vuestra Santidad que, después de conocer prácticamente el estado del clero en diversas provincias de la América española i portuguesa, así como también la poderosa influencia que ejerce sobre el pueblo cristiano que dirige, cree que sería un servicio mui oportuno i ventajoso para la iglesia católica el que se le prestase estableciéndose en la metrópolis del catolicismo, un Seminario donde los jóvenes más aventajados entre los que se disponen a abrazar la carrera eclesiástica en los seminarios episcopales, viniesen a hacer sus estudios de filosofía, teología i jurisprudencia, bajo la misma constitución dada por Vuestra Santidad para su nuevo Seminario Pío. Al mismo tiempo que se lograría que adquiriesen una instrucción sólida en los sanos principios de estas ciencias, se habituarían a una

vida laboriosa i morijerada, tal cual conviene al sacerdote.

«Mas no sería éste solamente el bien que ha de producir tal establecimiento: hai otro todavía i de mucha trascendencia: tal es la colocación que los obispos darían en los seminarios diocesanos a los educados en Roma, los cuales amoldarían la doctrina, opiniones i costumbres del clero por las que ellos mismos habían aprendido en la escuela de Roma. De suerte que poco a poco ese clero, que ahora vemos, en gran parte, no tal como debería ser, vendría a ser docto i morijerado; i la guerra de principios que el espíritu anti-católico, los indiferentistas i la corrupción misma de costumbres, hoy hacen a la iglesia en aquellos países lejanos, vendrá a estrellarse contra un clero dispuesto a rechazar victoriosamente sus ataques. manejando unas mismas armas, i adoptando un mismo plan.

«Si algún país en el mundo necesita estrechar más i más sus vínculos de unión con el centro de la unidad católica, es sin duda alguna la América, por ser la más distante por su situación jeográfica, i la más expuesta a recibir las influencias de las malas pasiones, por encontrarse con menos arbitrios para resistirlas.

«Por lo mismo, si la Santa Sede ha protegido i fomentado, en la capital del mundo cristiano, seminarios eclesiásticos para diversos países de Europa i de Asia, la erección de uno para la América Española i Portuguesa no parecerá menos acreedor a su piadosa consideración.

«Si este pensamiento que el exponente humildemente somete a vuestra Santidad merece su aproba-

ción, con el auxilio de Dios será llevado a su fin. Con este objeto el infrascripto podrá, a su costo, volver a la América i hablar a los obispos de México, Centro América, Nueva Granada, Venezuela, Brasil, Provincias Arjentinas, Chile i Perú, para recabar de ellos su cooperación para este proyecto, invitándolos: 1.º a elegir, de entre sus educandos para el clericato, aquellos individuos que, habiendo terminado el estudio de las bellas letras con lucimiento, hiciesen concebir aun mayores esperanzas a la iglesia por su talento, virtud i aplicación, i se obligasen con juramento a volver a su diócesis cuando hubiesen terminado el tiempo de sus cursos de estudios; i 2.º a auxiliar con una pequeña oblación fija el sostén de los jóvenes seminaristas.

«No se oculta al exponente que esta corta erogación que se pedirá a los obispos de la América Española e imperio del Brasil no pueden satisfacer las exigencias del establecimiento que se proyecta; pero existen también las oblaciones que ofrece para esta santa obra un eclesiástico i las que con seguridad puede creerse que no faltarán.

«Si Su Santidad a quien el recurrente, con la fe más viva somete todo su pensamiento, lo juzga aceptable para el fin indicado, para que sus palabras sean acogidas favorablemente por los obispos, sería de desear una letra, o algún otro testimonio que acreditase que el Padre universal de los cristianos protegía esta obra, la recomendaba como necesaria para los intereses de la iglesia i deseaba su ejecución».

La proposición de Eizaguirre no podía ser más oportuna i jenerosa. Las ventajas de la fundación eran evidentes, i las ofertas del sacerdote chileno ta-

les que allanaban por sí solas la mayor parte de las dificultades que la prudencia podía prever. Se obligaba a recorrer a sus propias expensas la América latina entera, en busca de alumnos i de rentas para la fundación de becas, i a contribuir con su dinero i el de los suyos para los demás gastos que la fundación requería. Comprometía, pues, él su bolsa i su vida; porque no ignoraba los peligros que había de correr en su proyectado viaje, de parte de los hombres i de los malsanos climas tropicales.

§ XXV

Acepta el Papa la fundación, i Eizaguirre se traslada a América

Esta proposición hacía la Eizaguirre en Enero de 1856. Acojióla el Papa Pío IX con entusiasmo i, por medio de una carta del Cardenal Secretario de Estado, recomendó la obra a los obispos americanos diciéndoles que se harían mui aceptos al Soberano Pontífice si en el gravísimo negocio de que había de hablarles Eizaguirre, varón sobremanera digno de alabanza por su piedad, celo relijioso i ciencia, coadyuvasen con todo el interés, trabajo i celo que a cada cual fuese posible (22 de Enero de 1856).

Premunido de esta credencial Eizaguirre se trasladó a Inglaterra, i el 9 de Abril de 1856 zarpó con rumbo a Pernambuco.

Después de visitar las diócesis del Brasil pasó al Uruguai y República Argentina. De ésta, por la via fluvial, se dirigió al Paraguai; i de aquí, por tierra, a

Bolivia. De esta república, por la vía de Tacna i Arica, pasó a Chile. Su permanencia en la patria duró pocos meses; pues el 17 de Enero de 1857 había zarpado de Arica para Valparaíso i el 25 de Abril llegaba a Lima, después de haber visitado a Arequipa i Cuzco.

Del Callao se trasladó al Ecuador, i de esta república, por Pasto, entró en Colombia. Visitada esta nación se trasladó a Venezuela i, cumplida en ella su misión, se embarcó en la Guaira para la isla de Santo Tomás, donde tenía su centro la línea de vapores que unía la Europa con los puertos de América. En dicha isla se distribuían los pasajeros para sus diferentes destinos. Eizaguirre tomó allí el vapor que debía conducirlo a Veracruz para recorrer a Méjico. A la capital de esta república llegó en Noviembre, i en el mes siguiente pasó a la isla de Cuba. El 25 de Enero de 1858 hallábase ya de regreso en Roma, i podía dar cuenta del desempeño de su comisión al Padre Santo.

§ XXVI

Dificultades i peripecias de su viaje por América

Fácil es dar cuenta en pocas líneas de este largo itinerario; pero no es igualmente fácil referir las penalidades que el viajero soportó. En el Paraguai, que jemía bajo el despotismo de don Carlos Antonio López, nada pudo hacer. En Bolivia tropezó con dos o tres revoluciones, tocándole llegar a Oruro cuando

aun silbaban las últimas balas de una batalla. En el interior de Nueva Granada su vida corrió grave peligro; pues enfermó de fiebre sin tener medicinas para combatirla ni un techo seguro para guarecerse contra la intemperie i las mordeduras de las zalamanquesas i otras alimañas ponzoñosas. Por fortuna llevaba en su equipaje un poco de *cachanlagua*; i una infusión de esta planta, preparada en innoble vaso, por no haber otro mejor, hizo desaparecer la fiebre.

La divina Providencia lo protejió i pudo, como se ha visto, llevar a feliz término su viaje.

Estos pocos datos nos ha dejado Eizaguirre de los accidentes de sus penosas jornadas por tantas rejiones malsanas, i por caminos que no tenían de tales sino el nombre; pero de los mil pequeños sufrimientos que soportó nada nos dice; porque no gustaba de recordarlos ni les daba mayor importancia, talvez por haberse connaturalizado con ellos en sus largas peregrinaciones, i por su espíritu de cristiana mortificación.

§ XXVII

Resultados del viaje a América

El resultado de su visita a los obispos fué bastante halagador. Salvo el Paraguai donde, como hemos dicho, la tiranía de López puso insuperable obstáculo para todo, en las demás repúblicas encontró eficaz cooperación. Muchos obispos ofrecieron enviar estudiantes pagándoles su pensión, i contribuir además con algunas sumas para el establecimiento del co-

lejo. El jeneral Urquiza, presidente de la República Argentina, ofreció costear el viaje a Roma de los estudiantes argentinos.

A este buen resultado contribuyó en gran parte el celo con que los delegados apostólicos en América, obedeciendo a los instrucciones recibidas del Exmo. Cardenal Antonelli, Secretario de Estado del Papa, recomendaron a los obispos cooperar a la fundación del Seminario Latino Americano.

Por fatales coincidencias los obispos de Santiago de Chile i Concepción no pudieron contribuir con sumas apreciables a esta fundación, obra de un chileno. El arzobispo de Santiago se hallaba en ese mismo año 1857 gravado con fuertes deudas contraídas para la construcción del seminario diocesano, i así, sólo como manifestación de buena voluntad, ofreció dos mil francos; pero no se comprometió a enviar desde luego estudiantes a Europa para ocupar las becas gratuitas que Eizaguirre ofrecía, porque carecía de medios para sufragar los gastos del viaje, más pesados para los chilenos que para casi todos los americanos (1).

El obispo de Concepción que acababa de organizar su seminario, no tenía aún alumnos preparados para el curso de filosofía, i se limitó a ofrecer mil quinientos francos.

Pero otras diócesis más ricas que las de Chile pudieron contribuir con más larga mano, i no faltaron personas piadosas que ofrecieron también su óbolo. Por esto Pío IX, después de imponerse de las respuestas de los obispos americanos, i de la relación

(1) Valdivieso, Obras, tomo II, páj. 273.

que le hizo Eizaguirre, manifestó a éste su íntima satisfacción por el lisonjero resultado obtenido.

Eizaguirre no se limitó a su contribución de trabajo personal i a costear los crecidos gastos de su gran viaje, sino que contribuyó también con crecidas sumas para el establecimiento del Seminario Pío Latino Americano. Ignoramos a cuánto ascendieron en su totalidad; pero en cierta exposición que hizo al Cardenal Secretario de Estado allá por 1874, dice que ha ofrecido cien mil francos al conde de Mérode por una casa para el Seminario, i que en ella deberían invertirse los ciento cincuenta mil francos que ya tenía dados, los diez mil francos donados por su hermana doña Jesús Eizaguirre, i dos mil quinientos francos, donación de la señora boliviana doña Manuela Vaca. Como carga de su erogación impuso Eizaguirre al colejio la obligación de sostener dos becas para alumnos elejidos por él, i algunas misas.

§ XXVIII

Abrese el Colejio Pío Latino Americano.—Eizaguirre es nombrado Proto-notario Apostólico «ad instar participantium».

Persuadido el Papa de que ya disponía de los medios necesarios para mantener el nuevo seminario, dispuso que se abriera en Setiembre de 1858, para que los estudiantes estuviesen listos al abrirse los cursos de la Universidad Gregoriana, que se inician en Noviembre. Sin pérdida de tiempo escribió Eizaguirre a los obispos que habían prometido enviar

alumnos para noticiarles la fecha en que debían hallarse en Roma.

El colegio se abrió de hecho el 21 de Noviembre de 1858, en una ala del convento de San Andrés de la Valle; i se trasladó poco después a una casa propia que Eizaguirre le compró en la plaza de la Minerva. La dirección fué confiada a los relijiosos de la Compañía de Jesús.

Al principio la obra tropezó con graves dificultades, no sólo pecuniarias sino también de orden interno; porque no era empresa fácil amoldar desde luego al severo réjimen de un seminario organizado a la europea, a los indómitos hijos de la libre i revoltosa América Latina. Pero poco a poco las dificultades se fueron allanando: los jóvenes levitas aprendieron a estudiar i a vivir bajo la disciplina escolar, i en el año 1861 los estudiantes del Colegio Latino ganaron en la Universidad Gregoriana premios sin cuento, distinguiéndose entre todos un teólogo que se ganó cinco medallas (1), triunfo que rarísimas veces se ha visto.

El Papa demostró a Eizaguirre su gratitud por la grande obra que con tan rudos sacrificios había planteado i puesto en vías de prosperidad, concediéndole los honores de prelado doméstico i Proto-notario Apostólico *ad instar participantium*.

(1) Illmo. Sr. Montes de Oca. Elojio Fúnebre de los Fundadores i Bienhechores del Colegio Pio Latino Americano, el 21 de Noviembre de 1908.

§ XXIX

«Los Intereses Católicos en América».—Polémica que ocasionan

Eizaguirre ocupó el tiempo libre de su viaje en escribir una nueva obra, que denominó *Los Intereses Católicos en América*, concebida con el mismo plan i redactada del mismo modo que *El Catolicismo en presencia de sus disidentes*, i publicada también por la casa de Garnier Hermanos, de París, el año 1859, en una edición igual a la de esta última obra, cuyos méritos i defectos tiene.

En ella refiere Eizaguirre lo que observó en cada una de las repúblicas del nuevo continente, i nos da noticias del estado de la iglesia i de las persecuciones que sufría o había sufrido poco antes; i, como en esos años la mayor parte de los gobiernos americanos tenían dadas muestras de sus tendencias anti-religiosas i tiranizaban a la iglesia, la obra de Eizaguirre resulta una verdadera *via crucis* de la iglesia americana, i un manual de las persecuciones por ella sufridas desde la emancipación política. Hállanse en este libro datos preciosos i curiosos acerca de los excesos que los mandoncillos americanos, exaltados un día por la revolución, se permitían contra los prelados eclesiásticos, el clero i las comunidades religiosas. Sólo el Brasil, Chile i el Perú aparecen desempeñando medianamente lucido papel, aunque respecto del gobierno chileno recuerda el atropello co-

metido contra el obispo Rodríguez Zorrilla, i las dificultades del gobierno de Montt con el arzobispo Valdivieso que acababan de pasar (1).

Estas alusiones al gobierno de Montt no fueron del gusto de éste, que se veía colocado casi al mismo nivel de los muchos tiranuelos que entonces florecían exuberantes en el mayor número de las repúblicas americanas; i por eso *El Araucano*, periódico oficial del gobierno de Chile, redactado entonces por don Ambrosio Montt, pariente i yerno del presidente, dedicó a *Los Intereses Católicos* dos artículos críticos, de mui solemne i elegante forma; pero bien duros en el fondo: hasta el nombre del libro le parecía impropio.

La Revista Católica salió en defensa de Eizaguirre, defensa que, por otra parte, era bastante fácil. La polémica no se formalizó mucho; porque *El Araucano* cesó luego en sus ataques, aunque el segundo artículo tenía al fin la palabra *continuará*.

Al gobierno expirante, que acababa de sofocar una revolución, no le convenía exasperar los ánimos ni disgustar a una persona tan relacionada como Eizaguirre (2); i además don Ambrosio Montt había cultivado con él estrechas i afectuosas relaciones de amistad, como lo prueban las cartas suyas que se

(1) Se ha dicho que *Los Intereses Católicos en América* no fueron redactados por Eizaguirre. Tal afirmación nos parece absolutamente destituida de fundamento; basta leer esta obra para convencerse de que es debida a la misma pluma que escribió el *Catolicismo en presencia de sus disidentes*. Ambos libros son la historia de los dos grandes viajes de Eizaguirre, concebida de un modo especial.

(2) *El Araucano*, 24 de Marzo i 11 de Abril de 1860. *La Revista Católica*, 5 de Abril de 1866.

conservan tanto en el archivo del seminario como en el de la Biblioteca Nacional; i, en consecuencia, le repugnaría romper lanzas en su contra.

§ XXX

Eizaguirre se informa en este viaje de muchos negocios eclesiásticos i contrae numerosísimas relaciones.

Pero no se limitó a esto el fruto del gran viaje de Eizaguirre por toda la América latina. El le sirvió también para imponerse de las más graves cuestiones eclesiásticas que ocurrían en este continente, acerca de las cuales pudo dar informes precisos al Papa.

Entre estas cuestiones le interesó vivamente la acefalía en que se hallaba desde cuarenta años atrás la diócesis de Salta, por culpa del gobierno civil i de parte del clero, que desobedecía a la Santa Sede empeñada en establecer en esa diócesis una autoridad que ejerciese con lejítimo derecho la jurisdicción eclesiástica. Eizaguirre, a petición de los mas distinguidos miembros del clero salteño, hizo cuanto pudo para que tal desorden cesara, interponiendo ante el Papa sus buenos oficios.

Fué también su viaje ocasión para que trabase amistad con numerosísimas personas de todas categorías, obispos, canónigos, sacerdotes, relijiosos de ambos sexos i seglares, distinguiéndose entre todo el arzobispo de Sucre don Pedro Puch i Solona. Con ellos mantuvo durante largos años asidua correspon-

dencia epistolar; i como su encendida caridad e infatigable actividad no le permitían negarse a nadie que le pidiera servicio, se constituyó en agente de todos esos amigos para cuanto negocio que se les ofrecía en Europa, i especialmente ante la corte pontificia. El fué el conducto obligado de todas sus solicitudes al Papa, i el depositario fiel de sus más íntimos secretos.

Los padres i parientes de muchos jóvenes que iban a educarse en el Seminario Pío Latino Americano, o en otros colejos europeos, le tuvieron por su apoderado. El administraba sus dineros, i, en casos de apuro, les ayudaba con préstamos de sus fondos propios, salvándoles así algunas veces de afflictivas situaciones. Las madres sobre todo le daban bastante qué hacer; pues, no pudiendo olvidar un momento al hijo ausente, acribillaban a Eizaguirre con cartas, sin dejar pasar un solo correo en balde, i él con inagotable bondad contestaba esas cartas. I tuvo la paciencia de conservar hasta la última de tales esquelas, i muchas tenían la nota de: contestada en tal fecha.

§ XXXI

Afflictiva situación del Papa causada por la usurpación de «Las Legaciones»

El año 1859 ocurrieron en Europa sucesos de grande importancia para la Santa Sede. Napoleon III, emperador de los franceses, aliado con el rei de Cerdeña Víctor Manuel II, derrotó a los austriacos que ocupaban la Lombardía, i los obligó por la paz de

Villafranca a ceder estos estados al rei de Cerdeña, cuyo sueño dorado era realizar bajo su cetro la unidad italiana.

Con la complicidad del emperador, se apoderó ese mismo año Víctor Manuel de los ducados de Toscana, Parma i Módena, i de la porción más septentrional de los Estados Pontificios denominada las *Legaciones*, sin que ningún soberano de Europa protestase de este despojo, estando vencida el Austria que con Francia eran los protectores de los pequeños estados italianos.

A fines del mismo año se publicó un opúsculo intitulado *Le Pape et le Congrès*, que causó inmensa sensación; porque se comprendió que, si no era escrito por el emperador de los franceses, reflejaba a lo menos mui fielmente su pensamiento. Dicho opúsculo, calificado con razón por Pío IX de *monumento insigne de hipocresía, i vil tejido de contradicciones*, dejaba entrever que el emperador aceptaba el despojo del Papa i la reducción de sus estados a una porción mínima, la precisa para que pudiese llamarse soberano, algo así como un presidente de San Marino. I todo esto se decía entre mil protestas de que el poder temporal era necesario i mil zalamerías al Pontífice.

Desde este momento comprendieron los católicos que el emperador entregaba al Papa en manos de los revolucionarios italianos, i que, no contando éste con el auxilio de la Francia, era preciso que se defendiera por sí mismo. Con este fin se inició en Europa un gran movimiento de opinión; muchos católicos de todos los países corrieron a enrolarse en los *zavvos pontificios* i los ricos abrieron su bolsa para llenar el vacío que la pérdida de las Legaciones dejaba en

el tesoro papal, en el momento en que se veía obligado a aumentar sus gastos para sostener un ejército capaz de hacerse respetar de las tropas garibaldinas.

§ XXXII

El Papa le nombra Ablegado suyo ante los gobiernos del Ecuador, Perú i Bolivia

Pío IX. queriendo que también la América latina diese en esta ocasión muestras de su filial adhesión a la Santa Sede, fijó sus ojos en don José Ignacio Víctor Eizaguirre i lo nombró su *Ablegado* para las repúblicas de Ecuador, Perú i Bolivia, ante cuyos gobiernos ningún delegado pontificio estaba acreditado.

Pero no era éste el único ni el principal objeto del nombramiento de Eizaguirre; pues habiéndose enterado éste durante su viaje por América de todos los negocios eclesiásticos más importantes que requerían la intervención del Papa, i siendo por otra parte preciso continuar la propaganda en favor del Seminario Pío Latino Americano, nadie mejor que él podía desempeñar estas comisiones; pues era muy conocido i muy querido de numerosas personas influyentes en esas repúblicas.

Por letras del Secretario de la Sagrada Congregación de Negocios Eclesiásticos Extraordinarios, fechadas a 2 de Enero de 1860, Eizaguirre fué investido del cargo de *Ablegado* del Papa para que, trasladándose por brevetiempo i recorriendo el Perú, Bolivia i Ecuador, se informara de lo que conviniese

para promover el bien espiritual de los fieles, como también del clero secular i regular, oyendo a los respectivos prelados, i de todo informara cuanto antes pudiera para que Su Santidad decretase lo que juzgara oportuno (1).

Entre las facultades que se le otorgaron se incluyó la de confirmar, porque había de recorrer rejiones donde no existían obispos o estos no la visitaban desde largos años.

§ XXXIII

Su segundo viaje a América.—Visita a Chile, Bolivia, Perú i Ecuador

Eizaguirre zarpó de Europa con rumbo a Chile, a donde llegó por el mes de Marzo del año 1860.

Desde Santiago escribió al canónigo de Sucre don Pedro de Puch, para encargarle que explorara las disposiciones del gobierno boliviano respecto de la misión pontificia que él debía desempeñar en esa república. El presidente, don José María Linares, respondió en términos mui satisfactorios, que llenaron a Eizaguirre de esperanzas, i en vista de ello se encaminó a Bolivia en un vapor que zarpó de Valparaíso a fines de Julio de 1860.

En este viaje recorrió Eizaguirre las diócesis de Bolivia, i las del sur del Perú a saber: Arequipa i Cuzco, i talvez algunas otras. Además del desempeño de las comisiones que había recibido de la Santa Sede,

(1) *Necrología de monseñor. J. Ignacio Víctor Eizaguirre* por Manuel M. Merino. Roma 1875.

Eizaguirre ocupó parte de su tiempo en el ejercicio del ministerio eclesiástico como celoso sacerdote que era. I siendo la predicación uno de los ministerios más fructíferos, i para el cual se reconocía mejores aptitudes, predicó mucho en todas partes, i hasta dió ejercicios espirituales al clero de una de las diócesis de Bolivia.

Los disturbios políticos de esta república, que trajeron por resultado la caída del presidente Linares i la exaltación del jeneral Achá, i quizás algunas dificultades con que tropezaría de parte del gobierno boliviano, no le permitieron llevar a feliz término las negociaciones iniciadas, i así se retiró de Bolivia sin concluir nada.

Eucaminóse de La Paz al Cuzco, pasando por Puno. En el camino sufrió una caída de la mula el señor Waddington, secretario de Eizaguirre i tuvo que detenerse quince días en Puno (Marzo de 1861).

El clero, pueblo i las autoridades civiles del Cuzco le hicieron una recepción triunfal, i el vicario capitular de la diócesis se prestó con todo entusiasmo para ayudarle, enviando al clero i pueblo circulares en que recomendaba orar por el Padre Santo i contribuir con erogaciones para su sostenimiento, i daba noticia del Seminario Pío Latino Americano. También en esta diócesis predicó Eizaguirre repetidas veces i al parecer con bastante fruto espiritual.

El gobierno de Achá deseó continuar con Eizaguirre las negociaciones iniciadas por éste con el presidente Linares; pero, habiéndole llegado noticias poco favorables de la estabilidad i firmeza de propósitos de las autoridades bolivianas, no quiso Eizaguirre volver a Bolivia, i desde el Cuzco regresó a

Chile, a donde llegó por Junio de 1861. El jeneral Achá era sincero católico i deseaba celebrar un concordato con la Santa Sede; pero el congreso nacional, al cual dejaba mucha libertad i cuyas decisiones respetaba, había entrado por el camino de las reformas teológicas, que es el mejor para embrollarlo todo i ocasionar disturbios de los pueblos. I así sucedió, como lo comunicaba a Eizaguirre el relijioso boliviano frai Manuel Murga, el cual le invitaba a pasar a Bolivia para contribuir con su prestigio al triunfo de la relijión contra la impiedad. Eizaguirre pensó sin duda, con mejor acuerdo, que un país tan azotado de las revoluciones como Bolivia no podía ofrecerle expectativas fundadas de hacer algo de provecho, hallándose en vísperas de nuevas revoluciones.

Eizaguirre permaneció en Chile hasta Octubre de 1861. En este mes se embarcó para Roma, pasando por Lima i Guayaquil. Antes de Navidad se hallaba en la ciudad eterna, i daba cuenta al Papa del resultado de su misión, que debió ser bastante satisfactorio, principalmente para el Seminario Pío Latino Americano, para el cual obtuvo algunos recursos pecuniarios i trajo buen número de estudiantes.

§ XXXIV

Misterioso regreso al Ecuador

Su permanencia en Roma no fué de larga duración; pues desde Mayo a Setiembre de 1862 se ausentó de ella haciendo un breve viaje al Ecuador, cuyo objeto ignoramos. Esta república se hallaba enton-

ces gobernada por el enérgico i católico presidente don Gabriel García Moreno, el cual envió un plenipotenciario a Roma para negociar un concordato. El Papa a su vez acreditó en Quito un delegado apostólico, que fué monseñor Francisco Tavani. Este fué solemnemente recibido por García Moreno en Agosto del mismo año 1862, i por tanto no parece que Eizaguirre estuviese en ese mismo tiempo ejerciendo en el Ecuador funciones de *Ablegado*.

§ XXXV

Regresa a la patria.—Piensa en una nueva edición de su Historia de Chile

Hacía ya más de diez años que Eizaguirre viajaba fuera de su patria, donde aún vivía su madre más que septuajenaria. El Colejio Americano estaba ya definitivamente organizado i seguía una marcha relativamente próspera, bien que luchase con dificultades pecuniarias que se esperaba subsanar con los medios dispuestos por el Papa. En Chile había bajado del poder don Manuel Montt, su enemigo político, i subido en su lugar don José Joaquín Pérez, mandatario prudente i respetuoso de la lejítima libertad.

Por otra parte, ciertas dificultades con los jesuitas directores del colejio por asuntos de réjimen interno, hacían mui deseable que los alumnos no pudiesen comunicarse fácilmente con él, para evitar hablillas i chismes.

Todas estas eran razones que le movían a regresar

a su patria, como lo efectuó en el mes de Abril de 1863, siguiendo la ruta de Panamá.

En su viaje hizo talvez escala en Guayaquil para verse con el delegado apostólico monseñor Francisco Tavani, que mucho deseaba tratar con él graves negocios eclesiásticos. El 10 de Mayo se hallaba en Cobija i pocos días después en Valparaíso.

Apenas hubo llegado a Chile, pensó Eizaguirre hacer una nueva edición de su *Historia de Chile*, i como el arzobispo Valdivieso le había hablado en la carta reservada que mencionamos en el párrafo XIX de ciertos errores que en esa Historia se notaban, escribió al prelado rogándole se sirviese comunicarle sus observaciones para tenerlas presentes en la nueva edición. El arzobispo le contestó que no había tenido tiempo de hacer un estudio prolijo de la Historia de Chile, i así se limitaría a enumerarle unas cuantas apreciaciones sugeridas por la simple lectura de esa obra, i le comunicaría las críticas que le hiciera una persona docta a quien había pedido el servicio de examinarla (1).

La crítica del arzobispo es admirable por su buen juicio, su moderación, los atinadísimos consejos que da i los sanos principios en que la funda.

Uno de los puntos notados por Valdivieso fué el aserto de que el P. Lainez, segundo jeneral de los Jesuitas, había introducido modificaciones sustanciales en las constituciones dadas por San Ignacio a la Compañía. Tal aserción, históricamente falsa, era tomada por Eizaguirre de la edición española de la

(1) Valdivieso, Obras, tomo II, páj. 351.

Historia Eclesiástica de Ducreux, i ya había sido refutado en Europa por el P. Prat en su *Histoire du père Ribadeneira*.

§ XXXVI

Asuntos americanos, pupilos, enfermedades i penas

En Chile continuó Eizaguirre preocupándose del Seminario Americano, cuyos procuradores en América se entendían con él para las remesas de dinero. Igualmente sostenía correspondencia con algunos estudiantes de ese Seminario que le eran adictos. Los obispos de Bolivia, Perú, Ecuador i Nueva Granada, le escribían con frecuencia, dándole noticias de los asuntos políticos i relijiosos más importantes, para que él pudiese informar al gobierno pontificio.

Luego tuvo también que intervenir en favor del R. P. frai Pedro Gual, eminente relijioso franciscano del Perú, nombrado visitador de su orden en varias repúblicas, inclusa la de Chile.

Las relaciones de amistad que le ligaban con muchas familias americanas le obligaron algunas veces a prestarse para servir de apoderado a ciertos jóvenes que sus padres enviaban a seguir sus estudios en Chile. Una de ellos fué don René Moreno i Salinas, para el cual fué Chile su segunda patria.

El año de su llegada fué para Eizaguirre año de sufrimientos. Sintióse aquejado de una tenaz afección a la garganta, que creyó pudiese dejenerar en tisis, i para curarla hubo de trasladarse a la provincia de Aconcagua, cuyo clima le devolvió la salud perdida. A fines del mismo año el pavoroso incendio

de la Compañía cubrió de luto su hogar, pues cinco miembros de su familia perecieron en él. Algún lenitivo recibió con las muestras de condolencia de sus amigos de ambos mundos, espantados de esa gran catástrofe.

§ XXXVII

Restablecida su salud ejercita con celo el ministerio sacerdotal

Restablecida su salud, reanudó Eizaguirre sus apostólicas tareas dedicándose con el mayor empeño a la predicación, dando misiones i ejercicios espirituales en diferentes partes de la diócesis. El número de sus pláticas i sermones doctrinales debió ser mui crecido; pues en un corto período llegó a predicar ciento cincuenta veces.

Las autoridades civiles solían acudir a él para encargarle los sermones de las grandes solemnidades. Así se le pidió la oracion fúnebre que se predicó en los solemnes funerales del ministro don José de Gálvez i demás víctimas del bombardeo del Callao por la escuadra española de Méndez Núñez, que se hicieron en la iglesia metropolitana el 15 de Mayo de 1866 (1). Predicó también, a petición del intendente Vicuña Mackenna, en la inauguracion del monumento a la Santísima Virgen levantado en el sitio de la incendiada iglesia de la Compañía, el 8 de Diciembre

(1) Este discurso se publicó en *El Independiente*.

de 1873. La municipalidad de Curicó le confió el sermón de la misa de gracias que se celebró en el aniversario patrio de uno de estos años.

§ XXXVIII

Miembro de la Junta de Beneficencia.—Fiebre amarilla en Buenos Aires i viruelas en Santiago

El ejercicio de la caridad fué otra de las ocupaciones preferentes de Eizaguirre en los últimos años de su vida. El supremo gobierno le nombró miembro de la Junta de Beneficencia de Santiago durante dos bienios desde el año 1870.

Al año siguiente Buenos Aires se vió aflijida por una epidemia de fiebre amarilla, que arrebató veinte mil víctimas. Ante tal catástrofe Uruguai i Chile acudieron en auxilio de la república hermana, i una comisión popular, presidida por Eizaguirre, recojió erogaciones para los lazaretos de Buenos Aires. Don Héctor Varela, presidente de la Junta Popular de aquella capital para combatir la epidemia, agradeció a Eizaguirre dos mil doscientas libras esterlinas i ciento tres cóndores i medio que la comisión chilena le había remitido.

La peste viruela afligió terriblemente a la capital el año 1872. Fué preciso abrir ocho lazaretos para atender al enorme número de variolosos. A cargo de esta magna obra fué puesta una comisión nombrada por el supremo gobierno, cuya presidencia se dió a Eizaguirre.

§ XXXIX

Exposicion del Coloniaje i Sociedad Católica
de Educacion

Por iniciativa del intendente de Santiago don Benjamín Vicuña Mackenna se abrió en Santiago, el año 1873, la *Exposición del Coloniaje*, destinada a exhibir todos los objetos antiguos de interés histórico que se conservaban en la república. También correspondió a Eizaguirre presidir la Junta Directiva de esta exposición que resultó bastante lucida.

Existía en Santiago una Sociedad o Cofradía de San Benito, establecida en la iglesia de San Francisco, a cuya sombra se había formado una asociación llamada *Sociedad Católica de Educación*, que sostenía algunas escuelas primarias gratuitas. Eizaguirre, llevado de su celo por la instrucción pública, ingresó a ella i fué elejido presidente. Algunos jóvenes de las primeras familias i de acendrada fe i piedad que también entraron a formar parte de esa Sociedad, notaron que su espíritu dejaba algo que desear; i por el personal que comenzaba a dirigirla temieron que perdiese su carácter de católica. Para evitarlo movieron a otros jóvenes, también católicos militantes, de la *Sociedad de Amigos del País*, a que se hicieran socios de la Sociedad de Educación, i cuando se renovó el directorio, en Abril de 1869, elijieron uno casi completamente nuevo, compuesto de monseñor Eizaguirre, don Ramón C. Briceño, don Raimundo Larraín Covarrúbias, don José María Fredes, don Luis Salas Laso, don Santiago Vial Guzmán, don

Rafael B. Gumucio, don Ramón Domínguez, don Pacífico Jiménez, don Máximo R. Lira, don Erasmo Rodríguez, don Servando Briseño, don Abdón Cifuentes, don Benito Fernández, don Enrique del Solar, don Rafael Márquez de la Plata, don Francisco González Errázuriz, don Antonio Carmona, don Eduardo Fabres, i don Tomás R. Torres.

Esto se había hecho a espaldas de Eizaguirre el cual, llevándolo muy a mal, renunció su cargo de director; pero prometió entregar los libros i papeles de la sociedad al nuevo directorio dentro del plazo de cinco días. Vencido este plazo, los ex-directores i el presidente dijeron de nulidad de la elección, rehusaron instalar al nuevo directorio i entregarle los libros i papeles. Este protestó de que la minoría, con abierta infracción de los estatutos, se atribuyese facultades que no le pertenecían; avisó por la prensa lo que ocurría para evitar errores del público, i se constituyó separadamente. Así hubo dos sociedades que llevaron el mismo nombre de Sociedad Católica de Educación. La presidida por el directorio lejítimo, por evitar confusiones perjudiciales, lo sustituyó poco después por el de *Sociedad de Escuelas Católicas de Santo Tomás de Aquino*, que hasta el día conserva.

Este incidente, pequeño si se quiere, dañó mucho a Eizaguirre; pues lo hizo aparecer, como divorciado de la juventud católica militante, e inclinado a la juventud liberal, cosa muy chocante en un prelado de su importancia, i que tanto había escrito contra los disidentes de Europa i contra los gobiernos liberales i radicales de América.

§. XL

El obispado titular de don José Miguel Arístegui:
enojoso incidente

Pocos meses después un nuevo incidente desagradable vino a llamar la atención pública hacia Eizaguirre. Publicábase en Santiago un periódico liberal muy aficionado a los chismes eclesiásticos, llamado *La Libertad*. Este diario publicó, en los primeros días de Agosto de 1869, un suelto en que hacía aparecer al arzobispo Valdivieso (que se disponía a partir para Roma a fin de concurrir al Concilio Vaticano) intrigando contra su vicario jeneral el deán don José Miguel Arístegui. Con motivo de haber pedido el supremo gobierno una mitra *in partibus* para Arístegui, *La Libertad* afirmaba que el arzobispo se había esforzado porque esta petición se hiciera en favor de don Joaquín Larraín Gandarillas, por supuesto sin conseguirlo. El arzobispo había pretendido también, según el mismo diario, dejar por gobernador del obispado durante su ausencia al mismo Larraín Gandarillas, desairando a su vicario Arístegui, i si no lo hizo fué porque encontró en el presidente insuperable obstáculo.

Todo este suelto era un tejido de embustes i de absurdos evidentes, para todos los que conocían el carácter i las relaciones del arzobispo i del presidente don José Joaquín Pérez; pero *La Libertad* sostenía que sus informantes eran personas muy respetables i dignas de fe, lo que no obstó para que Arístegui lo desmintiera categóricamente i sin demora (1). Pero

(1) *El Independiente*, 13 i 14 de Agosto de 1869.

este desmentido no bastaba al arzobispo que se veía injuriado, i trató de averiguar el orijen del chisme para dejar bien en claro su falsedad. Una carta del obispo Orrego, escrita desde Serena al secretario del arzobispado don José Ramón Astorga, vino a revelárselo.

Decía el obispo que don José Antonio Julio, vicario foráneo de Copiapó i el presbítero don Guillermo Juan Cáster, pasando por Serena de regreso de Santiago, le habían referido como oída de labios de monseñor Eizaguirre la especie referente al obispado *in partibus* de Arístegui, el cual, ofendido por la actitud del arzobispo, se manifestaba resuelto a rehusar la mitra que se le ofrecía; pero habia cedido a las influencias del mismo Eizaguirre i de otros amigos suyos.

Con estas noticias el arzobispo escribió a Eizaguirre para pedirle que, en caso de ser cierto lo que se le atribuía, lo confesase francamente i, en caso de no serlo, lo desmintiese de un modo fidedigno.

Eizaguirre negó todo, i escribió a don Guillermo Juan Cáster, que era el que aseguraba haber oído de boca de Eizaguirre el tal chisme, pidiéndole que refrescase sus recuerdos i rectificase la imputación que le hacía. Cáster, lejos de rectificarse, confirmó, añadiendo algunos detalles, lo sustancial del relato hecho al obispo Orrego, advirtiéndole que ciertos incidentes no los recordaba ya bien; pero que serían verdaderos; pues el obispo aseguraba habérselos oído, cosa nada estraña tratándose de hechos ocurridos algunos meses antes que para Cáster tendrían mui poca importancia.

Como Eizaguirre había manifestado deseo de dar

a la publicidad las cartas cambiadas, el arzobispo lo hizo por su parte, i todos los documentos de este enojoso asunto se publicaron en la *Revista Católica* i en *El Independiente* (1).

Este diario, sin decidirse acerca de quién decía verdad i quién mentía entre los contradictorios testigos, dedicó a Eizaguirre un artículo bastante severo, titulado: *Celo mal empleado*, en el cual criticaba su actitud prescindente en las cuestiones eclesiásticas gravísimas que entonces se debatían acremente en la prensa i en las cámaras (2).

En defensa de Eizaguirre rompieron lanzas *El Ferrocarril* i *La Libertad*, lo que ocasionó una réplica de *El Independiente*, en que decía que nadie habría podido desear a monseñor un castigo peor que el verse amparado por esos diarios.

La opinión pública debió quedar persuadida de que eran efectivas las acusaciones que a Eizaguirre se le hacían; porque *La Libertad* debió salir en su defensa revelando el nombre de su informante si hubiese sido otra persona. Esa revelación era el medio más llano de que podían valerse para vindicarle de una desdorosa acusación; i él tenía derecho de exigirle si, como lo afirmaba, era completamente extraño al suelto de *La Libertad*.

(1) *Independiente* 5 i 17 de Setiembre de 1869.

(2) *El Independiente*, 8 de Setiembre de 1869.

§ XII

Es privado de licencias para la dirección espiritual de las monjas

I no fué esta la última tribulación que hubo de sufrir monseñor Eizaguirre ese para él nefasto año 1869. Pues el arzobispo Valdivieso, al partir para Roma, le suspendió las licencias para confesar i predicar en los monasterios de monjas, i desgraciadamente se dió publicidad a la carta en que el arzobispo le comunicaba la suspensión i los fundamentos en que la apoyaba.

Tal publicación motivó un nuevo i virulento ataque de *El Ferrocarril* contra el arzobispo, que ya navegaba lejos de Chile, en cuya defensa salió *El Independiente* (1).

El ataque de *El Ferrocarril* era mui injusto; porque basta leer la carta del arzobispo referente a la suspensión de Eizaguirre para convencerse de que era una resolución mui pensada i mui sólidamente fundada; i no una simple venganza ejercida *ab irato*, para castigarlo por haber querido sembrar zizaña entre los prelados, como ese diario lo suponía. I tanta razón debía tener el arzobispo que la Sagrada Congregación Romana, a la cual recurrió Eizaguirre en grado de queja, le devolvió su memorial sin proveerlo (2).

(1) *El Independiente*, 24 de Setiembre de 1869.

(2) Biblioteca Nacional, Archivo de Eizaguirre, tomo III.

§ XIII

Decepciones i conducta política de Eizaguirre durante el decenio del presidente Pérez

Estos incidentes, sea cual fuere el juicio que de ellos nos formemos, son una consecuencia demasiado lójica de los hechos ocurridos en 1845 i 1851, que debieron dejar en el corazón de Eizaguirre algún resentimiento contra el arzobispo, resentimiento que le inclinaría a juzgar sus actos sin benevolencia, i a creer de lijero cuanto se le dijese contra ese prelado.

No sucedió igual cosa a don Manuel Montt i su partido que, de enemigos que habían sido, se tornaron sus amigos apenas bajaron del poder i se vieron el blanco de los odios populares. Talvez la común adversidad los unió; pues también Eizaguirre era un hombre caído. Los grandes servicios que había prestado a la iglesia le permitían esperar una situación más elevada que la que tenía i, tanto en Roma como en Chile, las circunstancias se habían confabulado para cerrarle el camino. En América entera se creyó que tenía mui merecida la dignidad episcopal, i hasta se publicó que la Santa Sede le había honrado con el arzobispado *in partibus* de Efeso, i sus amigos le escribieron dándole este título. También algunos le propusieron la sede de San José de Costa Rica, que sin duda él rehusó aceptar. Tales fracasos le serían verdaderamente mortificantes, porque darían oríjen a mil hablillas de sus émulos i de los desocupados.

Cuando Eizaguirre volvió a establecerse en Chile después de sus largos viajes, los hombres del día eran

algunos de los que él había combatido en 1849, esto es, don José Joaquín Pérez i don Manuel Antonio Tocornal; i por lo tanto no podía, como en tiempo del ministerio Vial, contar con simpatías en el gobierno, i así no se acordó nadie de él cuando vacó la mitra de Serena por muerte del Illmo. Sr. Donoso. Los grandes servicios suyos no habían sido prestados en Chile; i en cambio, durante su larga ausencia, se habían levantado otros sacerdotes eminentes de gran talento, grande ilustración i más conocidos i estimados en su patria de la cual no habían salido, sino por breve tiempo, i a ellos reservaba el gobierno i la opinión católica las mitras de Chile i los altos cargos de su iglesia. Estos se apellidaban Arístegui, Vargas, Orrego, Larraín Gandarillas, Fernández Concha, Casanova, Astorga, Montes, etc.

§ XLIII

Muerte de su madre.—Ultimo viaje a Europa

En los últimos dias de Octubre de 1873 sufrió Eizaguirre la dolorosísima pérdida de su mui amada i virtuosa madre, doña Mercedes Portales.

Roto este último lazo que lo ataba a su patria: cediendo a su afición a los viajes, pensó en tomar una vez mas el camino de Roma i de los Santos Lugares. A este fin apresuró cuanto pudo la liquidación de la testamentaria de su madre cuyo albacea era; hizo por su parte testamento el 23 de Diciembre de 1873. i por Mayo del año siguiente, se embarcó para Europa en un vapor del estrecho.

El viaje se realizó sin contratiempos. En Roma los superiores i alumnos del Colejio Pío Latino le acogieron con gran cariño i agasajos i lo forzaron a alojarse en el establecimiento. Pero no todo aparecía de color de rosa; porque tuvo la amargura de saber que el colejio corría peligro de quedarse sin casa. Los jesuitas que lo rejían habian enajenado la casa dada por Eizaguirre, i trasladado el colejio a una parte del edificio que ocupaba el noviciado de la Compañía, en la plaza del Quirinal, con la esperanza de que el gobierno piemontés, que acababa de apoderarse de Roma, respetase las banderas americanas del colejio, i no se incautase del noviciado. Pero no sucedió así. El gobierno italiano se declaró dueño de esa casa, i cuando Eizaguirre llegó a Roma se negociaba para obtener el uso de ella por algún plazo largo, para tener tiempo de adquirir otra; pero las negociaciones aún no llegaban a feliz término.

§ XLIV

Publica en Roma sus «Instrucciones al pueblo cristiano»

Los muchos años de vida de predicador que Eizaguirre llevaba le habían hecho acumular un crecido número de sermones o pláticas doctrinales, preparados con todo el estudio i perfección de que era capaz. La publicación de estos sermones fué uno de los objetos que le llevaron a la ciudad eterna; i así, apenas hubo llegado, contrató en la imprenta de la Propaganda la impresión de su sermonario, que abrazó seis

volúmenes. Los cuatro primeros contienen ciento doce instrucciones doctrinales, sermones sobre misterios i panejóricos de santos. Un tomo contiene dieciocho pláticas de ejercicios espirituales para sacerdotes i el ultimo otras dieciocho instrucciones para ejercicios de relijiosos. Los cuatro primeros volúmenes fueron dedicados a los alumnos del seminario americano, cuyas tareas apostólicas el autor declaraba querer facilitar con esas instrucciones sobre la doctrina cristiana, que los párrocos i misioneros están obligados a enseñar al pueblo.

La impresion se hizo tan rápidamente que esa obra pudo salir a luz, con el título de *Instrucciones al Pueblo Cristiano*, el año 1875.

Desde Roma Eizaguirre mantuvo correspondencia con el presidente Errázuriz, al cual informaba de lo que podía interesarle, que en esos años no era poco, pues habían ocurrido evoluciones políticas que alejaron del poder al partido conservador i encendieron luchas doctrinarias bastante agrias, tales como la del Código Penal i la supresión del fuero eclesiástico. A Roma llegaban a veces las noticias de estas luchas en informes apasionados i aun inexactos. Eizaguirre daba cuenta a Errázuriz de estos informes i el presidente le contestaba sincerándose, cuando podía, i haciendo por su parte cargos a los católicos i aún a los obispos, para que Eizaguirre trasmitiese sus quejas al cardenal Antonelli, secretario de Estado (1). Exensado es decir que el presidente exponía algunos hechos de un modo muy tendencioso.

(1) Cartas de 28 de Setiembre de 1874 i 15 de Mayo de 1875.

§ XLV

Ultima peregrinación a Jerusalén.—Su muerte

Eizaguirre, cuya salud estaba un tanto quebrantada por las enfermedades sufridas en los últimos años, previendo tal vez su próximo fin, quiso dejar a su amado Seminario Americano un último recuerdo obsequiándole una casa de campo, donde los estudiantes pasaran las vacaciones estivales. Para ello eligió un sitio adecuado, cerca de la abadía de Grotta Ferrata, que pensaba comprar i edificar; pero antes de hacerlo emprendió su quinta peregrinación a Jerusalén.

El 2 de Octubre de 1875 zarpaba Eizaguirre de Nápoles en compañía del presbítero don Camilo Ortúzar, de don Rafael i don Ramón Balmaceda, N. Campino, de su secretario don Manuel M. Merino i del estudiante brasileño don José Leorne Menescal; ya ordenado sacerdote.

Hecha la visita de los Santos Lugares, monseñor, acompañado sólo de Ortúzar, Menescal i Merino, se embarcó en Jafa a bordo del vapor *Niemen* de las *Messageries Maritimes* i llegó a Alejandría de Egipto el Domingo 14 de Noviembre al medio día, habiendo sufrido en el viaje una recia tempestad que hizo bajar la temperatura.

Al día siguiente, estando monseñor sobre cubierta expuesto al frío viento que soplaba, comenzó a sentir dolor al pecho. El médico del vapor recetó un papel fallar para el pecho i una bebida de tilo. A las cuatro de la mañana del día 16, monseñor llamó a su secretario Merino para ciertos menesteres, i le dijo

que el dolor al pecho declinaba i como sudaba mucho creía que pronto mejoraría del todo. A las seis de la mañana volvió Merino al lado de monseñor i con indecible espanto le encontró muerto. El médico del buque declaró que la causa de su fallecimiento había sido una apoplejía fulminante.

Los compañeros de Eizaguirre, deseosos de conservar sus queridos despojos, hicieron de su parte cuanto pudieron para sepultar el cadáver en tierra; pero las autoridades ejipticias se negaron a ello terminantemente, alegando que el buque venía de puertos infestados por el cólera; i como, según las leyes marítimas, el cuerpo no podía permanecer a bordo todo el tiempo necesario para llegar a las playas de Europa, se le dió sepultura en el mar Mediterráneo, encerrado en un ataúd envuelto en la bandera francesa, mientras sus compañeros chilenos acompañaban con sus lágrimas i plegarias tan triste ceremonia.

Así murió monseñor José Ignacio Víctor Eizaguirre poco antes de cumplir el quincuajésimo nono año de su vida «i su sepultura fué la que merece un viajero incansable: el ancho mar, el mar Mediterráneo, el mar que sepultó en los tiempos antiguos a los héroes de Salamina i en los modernos a los de Lepanto» (1).

Ortúzar i Merino comunicaron a Chile estas tristes noticias en sendas cartas que se publicaron en los periódicos, llevando el duelo i la consternación a numerosos hogares donde monseñor era amado i recordado por sus bondades i virtudes.

(1) Montes de Oca, *Elojio fúnebre*.

§ XLVI

Sus funerales i su testamento

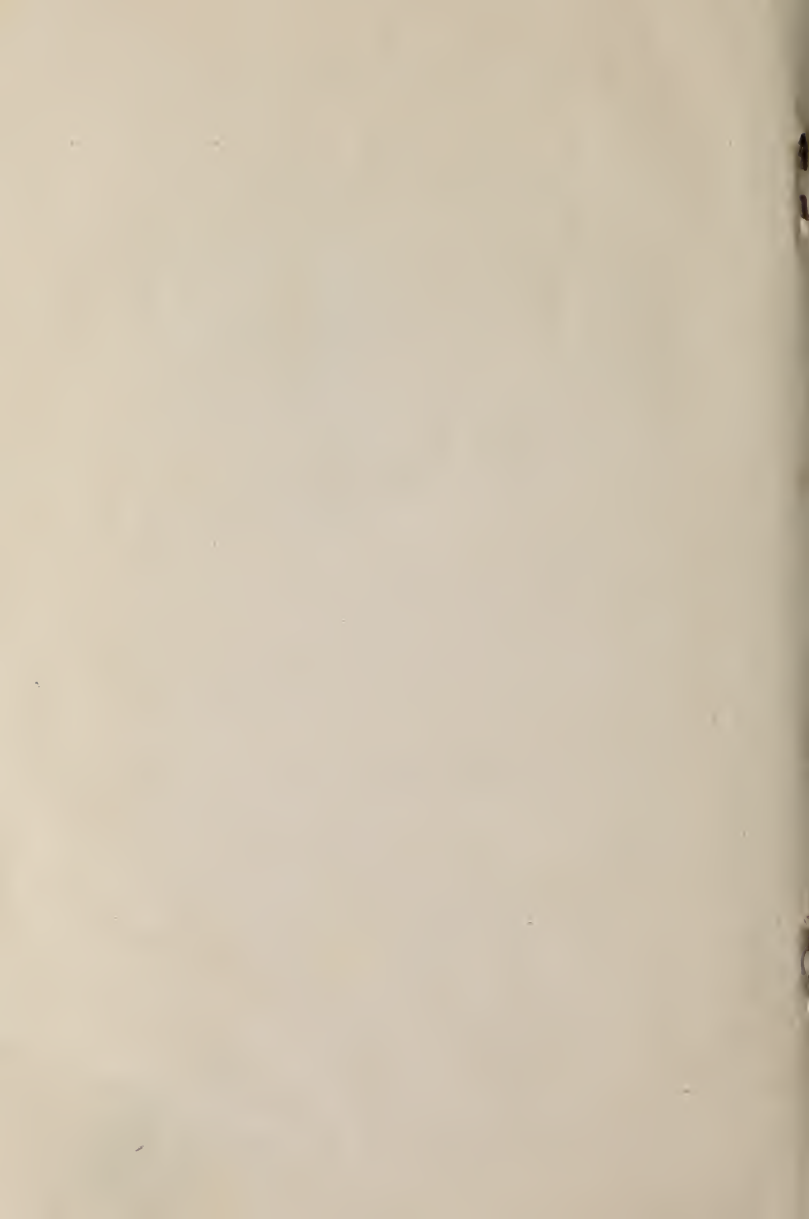
El 16 de Diciembre se celebraron en la capilla de Colejio Pío Latino Americano, establecido entonces en San Andrés del Quirinal, los solemnes funerales de Eizaguirre. Hizo su elojio fúnebre el alumno colombiano de ese colejio don Francisco Javier Zaldúa i Orbeagozo.

En su testamento legaba a la Biblioteca Nacional sus libros i manuscritos: sus cuadros i esculturas al Museo Nacional, i destinaba la mayor parte de sus bienes a fundación de becas en el Seminario de Santiago i en el Instituto Nacional, a sostener las escuelas gratuitas de la Sociedad Católica de Educacion i al Hospicio.

Estas disposiciones testamentarias son el fiel reflejo de los afectos que Eizaguirre abrigó en el alma durante su vida entera. Amó a la iglesia, a cuyo servicio consagró todo su ser; amó a su patria, a la cual honró en el extranjero como pocos chilenos i a la cual sirvió en la medida de sus fuerzas; amó la instruccion i amó a los pobres i aflijidos. Con justa razon, pues, la Universidad de Chile, reconociendo que tenía para con él una deuda de gratitud, ha honrado su memoria en el centésimo aniversario de su nacimiento.

CARLOS SILVA COTAPOS.

Santiago de Chile, 20 de Agosto de 1917.





Princeton Theological Seminary-Speer Library



1 1012 01043 6444